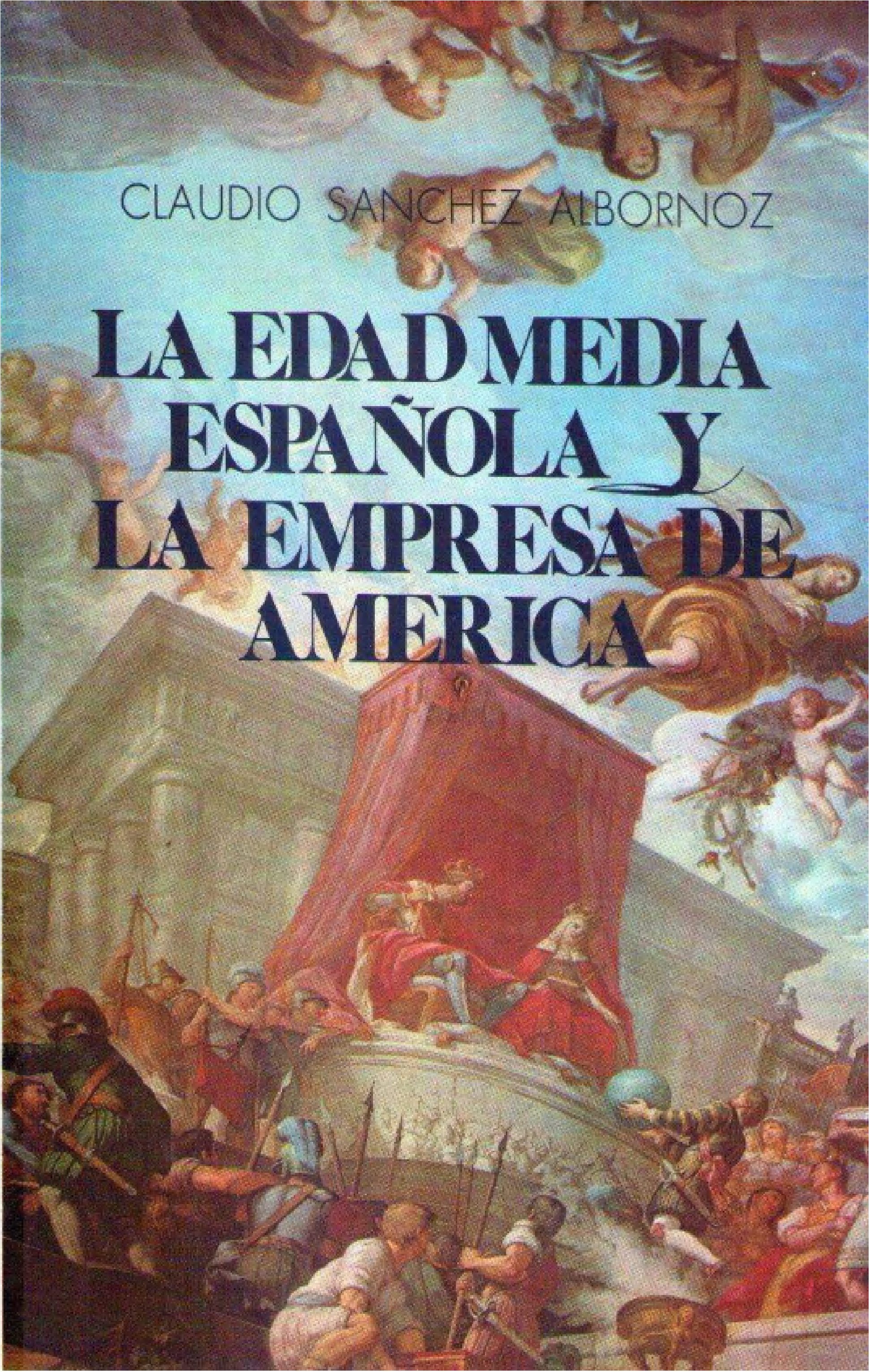

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ
LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA Y LA EMPRESA DE AMERICA

FOTOGRAFIAS:

ARCHIVO PUBLICACIONES I.C. I.

ORONOZ. MADRID

Av. de los Reyes Católicos, 4. Madrid-3

Printed in Spain

l.S.B.N. 84-7232-297-1

D. L.: M. 7.504 - 1983

I. G. Magerit, S. A.-Madrid



CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA Y LA EMPRESA DE AMERICA

EDICIONES CULTURA HISPANICA
DEL
INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
MADRID, 1983

ADVERTENCIA

Después de terminado este pequeño libro me he arrepentido de haberlo escrito. Confieso que me sedujo la propuesta del Instituto de Cooperación Iberoamericana de que colaborase a la celebración del medio milenario del gran fasto de la historia de España: el descubrimiento de América en 1492.

Siempre había sentido personal emoción al meditar sobre ese magno suceso del ayer de la humanidad. Esa emoción creció geométricamente después de vivir cuarenta años a este lado del Atlántico en las tierras que integraron el imperio español de las Indias; de haber recorrido muchos de los países que de él formaron parte desde la Florida a los bellos lagos sureños de la Argentina; de haber oído hablar castellano a todo lo largo y lo ancho de este mundo nuevo que pueblan trescientos millones de hombres; de haber contemplado prácticas y costumbres hispanas en los más apartados lugares de estas Indias antañonas —algunas presenciadas en el Cuzco me transportaron a mi amada ciudad de Avila—; de haberme arrodillado ante imágenes de la Virgen María junto a grupos de indígenas nietos de los vencidos por Cortés; de ver rendir culto a Santiago desde La Habana a Lima; de comprobar la envidia y el resentimiento que aún anidan en muchos medios cultos e industriales europeos al tropezar con los corolarios actuales de nuestras gestas americanas; de oír hablar mi lengua en la polifacética Argentina por gentes de todos los orígenes nacionales y raciales a ella llegadas... Todo ello todavía hoy, medio millar de años después de que las naves castellanas cruzaran el mar tenebroso... Me he sentido orgulloso de ser español, y pese a todos los avatares

de nuestra historia contemporánea a uno y otro lado del Atlántico, he confiado en un pasado mañana de libre democracia y de magnas creaciones culturales por los trescientos millones de hispanohablantes.

Mañana —en la Historia, los mañanas avizorados en el perfil del horizonte requieren a veces siglos, en un mañana de arribo seguro— serán recuerdos históricos las culturas de Francia, de Italia o de Alemania, pero millones y millones de seres seguirán pensando, hablando, creando..., alcanzando altas cumbres de civilización; millones y millones de nietos conquistados y de los conquistadores, y de los emigrantes con ellos mezclados en estas tierras incorporadas por España a la civilización occidental.

Mi adoración por la patria perdida en los avatares de mi vida; mi pasión por una patria siempre lejana, ora hostil y despreciadora, ora olvidadiza e indiferente frente a este español exiliado lejos de la Piel de Toro, por conservar la dignidad, me ha sacudido siempre, siempre hasta las más intimas fibras del alma, al estudiar nuestro ayer y al meditar sobre él. Siempre, siempre he buscado una explicación a nuestros males, siempre he rechazado la estúpida tesis de quien ha intentado explicar nuestro pasado por la supuesta saña antihebraica de los cristianos viejos, que se supone llevó a la esterilización mental del *homo hispanus* y a una continua pugna entre dos supuestas mitades de España, eternamente hostiles y en batalla. Siempre he procurado descubrir la larga cadena de problemas históricos que desde la lejana prehistoria ha ido forjando al *homo hispanus* y ha ido marcando rumbos a nuestra historia a través de los siglos.

En esos análisis, en esas indagaciones críticas sobre los porqués de nuestro ayer y de nuestro hoy, he tropezado muchas veces con el acuciante problema de por qué descubrimos, conquistamos y colonizamos América, un porqué más —quizás empero el más claro- de los que integran la gran interrogación de nuestra historia. Conocedor del lejano anteayer de nuestra vida, pero medievalista acucioso durante más de sesenta años, la conjunción de mis dos consagraciones al examen de aspectos varios del ayer español me permitió un día lanzar la afirmación, no destruida hasta hoy y en

verdad indestructible, de que la Reconquista fue la clave de la Historia de España. Lo fue también, claro está, de nuestras gestas hispanoamericanas. No me había detenido a investigarlo. Pero por lo que de ellas sabía y sé, no podía ni puedo dudar de que en el largo rosario de sucesos ocurridos en España desde la gesta de Covadonga en el 722 a la conquista de Granada en 1492 está la clave de nuestras hazañas a este lado del otrora mar tenebroso. Esa convicción me llevó a aceptar la invitación del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Pero al desarrollar mi pensamiento he tropezado con mi fatiga, natural a mi avanzada edad, y ella me ha impedido adentrarme en investigaciones detalladas de nuestra historia a este lado del Atlántico y me ha obligado a esquematizar los problemas y sus naturales proyecciones.

Sin duda, otrora habría podido ir mucho más lejos en el examen de la historia de la conquista y colonización de América por nuestros abuelos y por ende descubrir nuevos y nuevos engarces entre ella y nuestro pasado medieval, pero somos prisioneros de nuestra realidad vital. Y he ahí el breve libro que he podido escribir. A pesar de su esquematismo creo que .recoge y plantea e intenta resolver todos los problemas genealógicos de nuestras hazañas en estas tierras. Que los estudiosos de los dos campos —de nuestra Edad Media y de nuestra empresa americana— ahonden, si pueden, en las cuestiones que aquí apunto. Confío en que no podrán destruir el esquema que brindo hoy a españoles y americanos.

I

ENFOQUE PREVIO

En el Congreso de Historia Americana, celebrado en Sevilla en mayo de 1930, leí una comunicación que titulé *La Edad Media y la empresa de América*. Con ocasión de mi venida a la Argentina en 1933, releí ese ensayo en la Universidad de La Plata y ésta, que presidía Enrique Levene, tuvo la gentileza de editarla.

Acababa Menéndez Pidal de publicar *La España del Cid*. En ella había señalado el retraso de la vida espiritual hispana como consecuencia de las singularidades de nuestro medioevo. Destacó como frutos tardíos de las mismas: la Concepción del Imperio Universal, la Contrarreforma, la Compañía de Jesús, la nueva mística de Teresa de Avila y de Juan de la Cruz, la nueva escolástica de Vitoria y de Suárez, la novela picaresca, el romancero y el teatro. Mi devoción por su maestrazgo y mi admiración por su gran obra —remito a mi ensayo *La España del Cid y la de hoy*, aparecido en *El Sol* (9 de marzo de 1930)— me suscitaron la idea de que quizá también la empresa de América fuese un fruto tardío de nuestro medioevo. Y movido por esa concepción escribí el estudio a que me he referido.

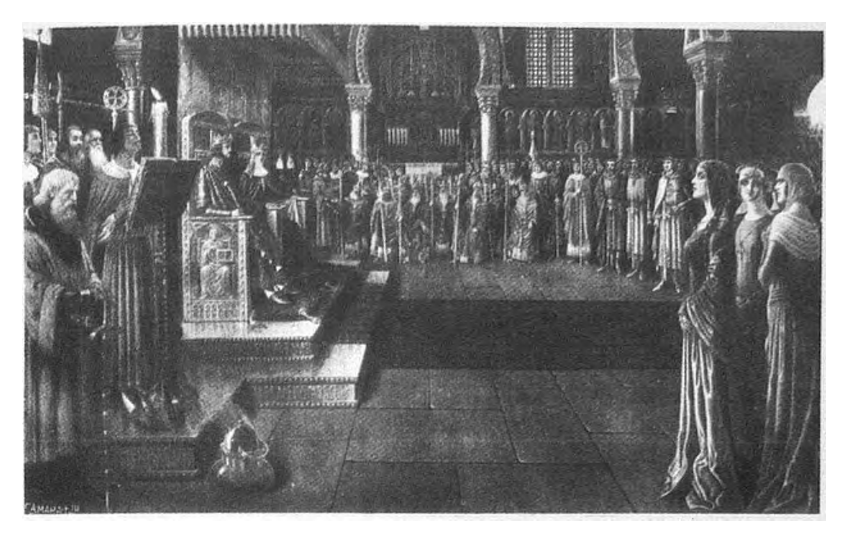
No acerté empero por entero al desarrollar mi pensamiento, porque supuse a la empresa española de América fruto tardío no del singular medioevo hispano, sino de la Edad Media en general, y esa vinculación es inexacta. La Edad Media, en sus lineamientos generales, no puede juzgarse raíz o matriz de las gestas de la colonización española de América. No me sería difícil, y no lo será a un estudioso del medioevo europeo, destacar las diferencias fundamentales que separan las empresas conquistadoras y fundacionales y las estructuras sociales y político-administrativas de nuestra empresa a

este lado del Atlántico, de las cada vez mejor estudiadas y ya muy conocidas que caracterizan la Edad Media ultrapirenaica.

No sé si en verdad todas las manifestaciones de la vida espiritual que Menéndez Pidal juzgó fruto tardío del medioevo hispano lo fueron en efecto; me falta valor para discutir el tema. Pero al cabo de medio siglo de estudiar las instituciones y la vida de la Europa medieval de allende el Pirineo y el Mediterráneo y de ahondar muy despacio en el conocimiento de la psiquis, la vida material, las instituciones, el talante y los mil problemas del alentar hispano durante la Edad Media, juzgo seguro que la empresa de América no fue una proyección tardía del medioevo en general, de los largos siglos que van desde la invasión de los germanos en el Imperio de Occidente hasta los tiempos nuevos, hasta el año en que las carabelas castellanas llegaron a América.

Medio siglo —de 1930 a 1981— de estudios y análisis de la historia de Castilla y aun de España durante el medioevo me han permitido ver claro en las raíces de nuestras gestas de este lado del mar —escribo en Buenos Aires—. Porque no sólo he investigado las instituciones y la vida de los reinos de Asturias, León y Castilla durante los siglos VIII al XIII.

Quiero recordar mi detenida exégesis del problema general del pasado español que me llevó a publicar mi *España, un enigma histórico* y a escribir muchas páginas complementarias y polémicas en apoyo de mi teoría, hasta ahora no invalidada, pues no la han mellado siquiera los fracasados esfuerzos por explicar nuestro pasado por obra de nuestra supuesta pacífica convivencia con moros y judíos. Si España hubiese sido fruto de la simbiosis de cristianos, moros y judíos como un ensayista metido a historiador —un ensayista de estirpe hebraica— afirmó de modo gratuito, nunca España habría descubierto, conquistado y colonizado América. Ocasionalmente, al celebrar la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay en 1580, me he aventurado por *última* vez a destacar el brutal contraste que aparta los supuestos de los seguidores de la teoría por mí invalidada de las gestas españolas a este lado del Atlántico... Si la pintoresca simbiosis hubiera tenido lugar, Buenos Aires, claro está, no habría nacido.



La estructura jurídica netamente española desde su raíz romana aparece ya en actos como el de la promulgación del Fuero de León en el año 1020.

He preguntado muchas veces y vuelvo hoy a preguntar cómo habría podido descubrir, conquistar y colonizar América la España conflictiva anclada en una inseguridad y que vivía desviviéndose, la España que se ha pretendido espécimen y realidad de nuestro siglo XVI hispano, durante el cual los españoles llevaron a cabo las gestas americanas. Repito las preguntas que otrora he formulado. ¿Torturados por conflictos raciales, inseguros y desviviéndose, Hernán Cortés, Pizarro y Alvarado realizando asombrosas hazañas? ¿Balboa tomando posesión del Pacífico espada en mano en nombre del rey de España, y Orellana y Alvar Núñez Cabeza de Vaca cruzando las selvas de la América meridional desde el Perú al Atlántico? ¿Torturados por problemas raciales, desviviéndose, inseguros los religiosos que trajeron a América la fe de Cristo? ¿Inseguros y desviviéndose los fundadores de las docenas de ciudades que crearon aquende el Atlántico?

América fue descubierta, conquistada, colonizada, cristianizada y organizada como proyección de la singular Edad Media que padeció o gozó España, no me cansaré de repetirlo. Puedo mantener como título de estas páginas el de *1930*, pero completado con un

calificativo: “La Edad Media *española* y la empresa de América”. Porque, sin duda alguna, la gran aventura que ha llevado a España al rango de los grandes actores de la historia sería inconcebible sin nuestra singularísima Edad Media. Singularísima, repito, frente al curso conocido del pasado medieval de los otros pueblos hermanos de Occidente.

Pero vayamos más despacio. No es empresa sencilla explicar por qué España descubrió y conquistó América.

II

LA CAUSALIDAD EN LA HISTORIA

Un problema inicial nos sale al paso. ¿Es lícito formular científicamente tal interrogación? O dicho de otra forma, ¿cabe confiar en poder dar una respuesta firme y convincente a tal pregunta? La osadía de los historiadores al buscar explicaciones a los hechos históricos acaso haga sonreír a los hombres de ciencia e incluso a los filósofos y a los hombres de letras.

No juzgo estas páginas ocasión propicia para discurrir sobre el sentido de la historia. No me propongo romper una lanza en su defensa. Pero me es necesario justificar mi pretensión de intentar descubrir las causas del descubrimiento, la conquista y la colonización de América.

Lo he dicho más de una vez en diversos ensayos, la Historia es la ciencia de los porqués. Es una ciencia distinta de las que usufructúan el título de tales, pero una ciencia al cabo. Los llamados hombres de ciencia examinan los hechos de la naturaleza y deducen de ese examen las leyes que los rigen. Jamás han logrado ni siquiera han intentado explicar los porqués misteriosos de esas leyes.

La historia va descubriendo los hechos de los hombres, al cabo, con rigor científico parejo que la ciencia descubre las leyes de la naturaleza, y además debe explicar los porqués que les enlazaron y les dieron realidad. Debe y puede lograrlo, habida cuenta que la potencialmente plena libertad humana se encuentra al cabo condicionada por el choque de la potencia volitiva del hombre y de los pueblos con el ayer de la comunidad que ha labrado una peculiar herencia temperamental. Nunca han actuado los grupos huma-

nos como las colonias de infusorios, pero al correr de los siglos se ha ido creando en ellos una proclividad a reaccionar de forma previsible. La acción milenaria del medio ambiente y del correr de la vida sobre cada grupo humano, al acumular millares de heridas sobre los órganos vitales de los miembros de la comunidad y millares de experiencias históricas sobre ésta, produce lo que podríamos llamar estilo vital o herencia temperamental de los pueblos.

Los pueblos no tienen, no, trazadas sus órbitas desde la eternidad y no marchan por ellas dormidos como los astros, ni han tardado en formarse muchos años-luz. Pero tras cientos de años de gestación en el seno de la misteriosa prehistoria aparecen ya a la luz del ayer siguiendo rutas genéticamente emparentadas, adornadas con características peculiares que perduran a través de la historia y que se modifican muy despacio, muy despacio.

Recordemos las palabras de algunos autores griegos y romanos sobre el talante de los hispanos. Estrabón señalaba el orgullo de los iberos, su incapacidad política, y escribió: “Sufren la muerte por no hacer traición a un amigo”. De Trogo Pompeyo son estas palabras: “Tienen preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga y el ánimo para la muerte; dura y austera sobriedad en todo. Prefieren la guerra al descanso y si no tienen enemigo exterior lo buscan en casa”. Tito Livio definió así a mi patria: “España, no como Italia, sino como parte alguna de la tierra, era a propósito para hacer y rehacer la guerra por la naturaleza del país y de sus habitantes”. Y Plinio elogió la dureza corpórea y la vehemencia apasionada de los peninsulares. ¿No reflejan estos juicios una imagen de nuestros remotos antepasados que, sin permanecer inalterable, ha proyectado sus destellos hasta ayer?

Si a estas clásicas definiciones añadimos lo que sabemos del temperamento y los modos literarios de muchos españoles del ayer remoto y de los sentimientos frente a la vida y al más allá de muchos escritores y políticos hispano-romanos —pensemos en Séneca, Lucano, Marcial, Prudencio y en Trajano y Teodosio—, ¿no podemos concluir que nuestros antepasados bimilenarios ofrecían características vitales no demasiado disímiles de las que los españoles hemos mostrado a través de los siglos?

¿Las comunidades históricas reciben por tanto una herencia temperamental del ayer lejano? ¿Tienen unas constantes históricas sobre las cuales actúa la vara mágica de la casualidad y la acaso desorbitada acción de los héroes? ¿Surge la historia de este triple juego de fuerzas? ¿Es por ello posible explicar los porqués de la historia? En función de este triple juego de fuerzas que hace la historia, ¿es posible llegar a adivinar las causas eficientes de las grandes curvas del ayer? En función de este triple juego: la herencia temperamental, el azar y el espolonazo de las personalidades de excepción, ¿pueden investigarse las misteriosas causas de los procesos históricos?

Me permito creer que todas esas realidades nos autorizan al menos a escrutar los porqués de la zigzagueante marcha de los pueblos. Naturalmente, la historia va presentando horizontes varios a las comunidades históricas en el curso de los tiempos, pero por cuanto he apuntado no es anticientífico intentar explicar las curvas de su vida.

Filósofos y escritores pueden seguir a veces burlándose de nuestros esfuerzos —recordemos la hiriente ironía con que Azorín sonreía ante los intentos de explicar el curso del ayer—. Los historiadores proseguiremos, empero, nuestra senda.

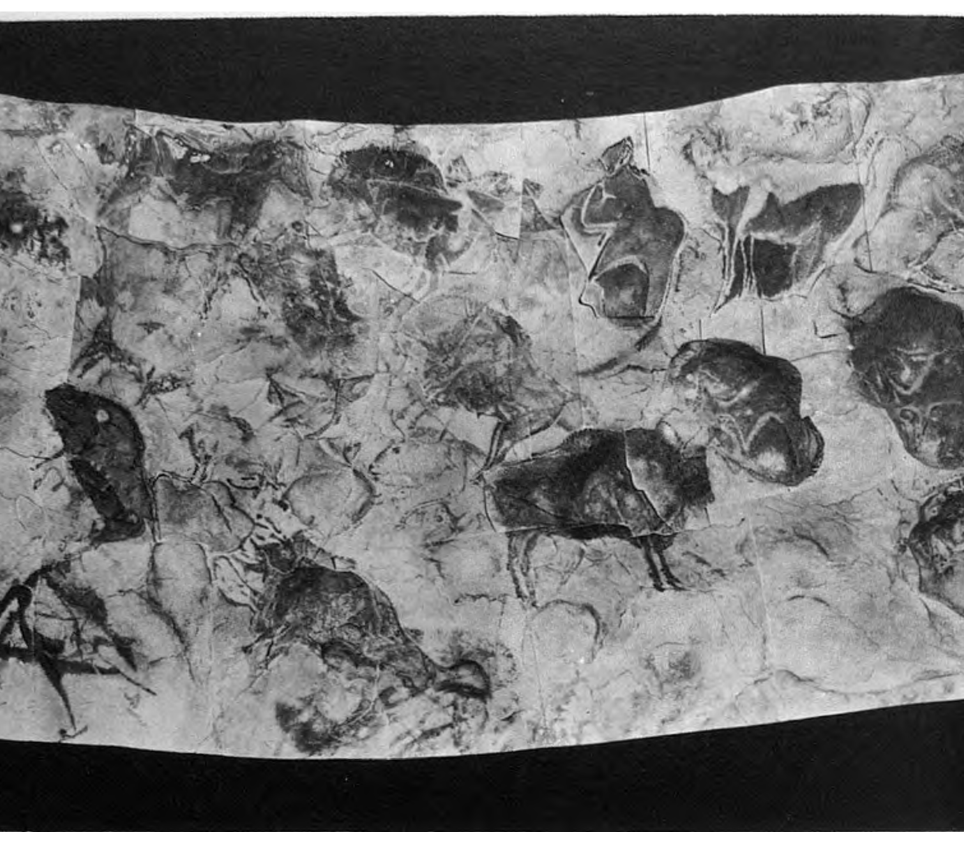
III

DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS

No, no fueron casuales ni el descubrimiento ni la conquista ni la colonización de América. El descubrimiento fue fruto de un acto de fe y de audacia pero, además, de la idiosincrasia de Castilla. Otro hombre de fe y de audacia habría podido proyectar la empresa; es muy dudoso que otro pueblo con otra histórica tradición que el castellano a fines del siglo XV le hubiese secundado. La aventura colombina era en apariencia un problemático negocio. Un pueblo de banqueros y armadores como Génova o un pueblo como Venecia, de características bien notorias, difícilmente hubiese arriesgado las sumas que la aventuradísima empresa requería. Sólo un pueblo sacudido por un desorbitado dinamismo aventurero tras siglos de batalla y de empresas arriesgadas y con una hipersensibilidad religiosa extrema podía acometer la aventura.

Pero admitamos lo imposible, que América no hubiese sido descubierta por Castilla; algo me parece indudable. Sólo Castilla hubiese conquistado y colonizado América. ¿Por qué? He aquí el nudo del problema. La conquista no fue el resultado natural del descubrimiento. Imaginemos que Colón, contra toda verosimilitud, hubiese descubierto América al frente de una flotilla de la Señoría de Génova o de naves venecianas; podemos adivinar lo que hubiese ocurrido. Se habrían establecido factorías, se habrían buscado especias, se habría pensado en los negocios posibles... Y no juzgo aquí a lo que he llamado más de una vez el juego de los síes. Recordemos el triple juego que ha ido haciendo la historia. Podemos imaginar lo que hubiese ocurrido, porque tenemos ejemplos históricos precisos.

Una veintena de siglos antes de 1492 habían descubierto España, al llegar a ella fenicios y griegos. ¿Qué hicieron sus descubrido-



Las Cuevas de Altamira, la Sixtina del arte rupestre en Europa.

res? Lo sabemos. Establecieron factorías en la costa. Sólo Cartago y Roma emprendieron la conquista de la Península. Y sólo Roma logró terminarla. Siempre la idiosincrasia de cada comunidad histórica ha influido decisivamente en el curso de sus gestas. El paralelo entre las conquistas y las colonizaciones de los pueblos es fecundo para conocer y explicar el ayer.

Había menos diferencia entre las culturas de los pueblos hispanos y la de su conquistador romano que la existente entre la misérrima de los pueblos de América y la brillante de la Castilla conquistadora.



La impronta ibérica encarnada en especímenes humanos como la Dama de Elche, tan definidamente española ya en el siglo IV antes de Cristo.

Las más pobres culturas de la Hispania prerromana de hace veintidós siglos superaban a las más brillantes de la América de hace cinco.

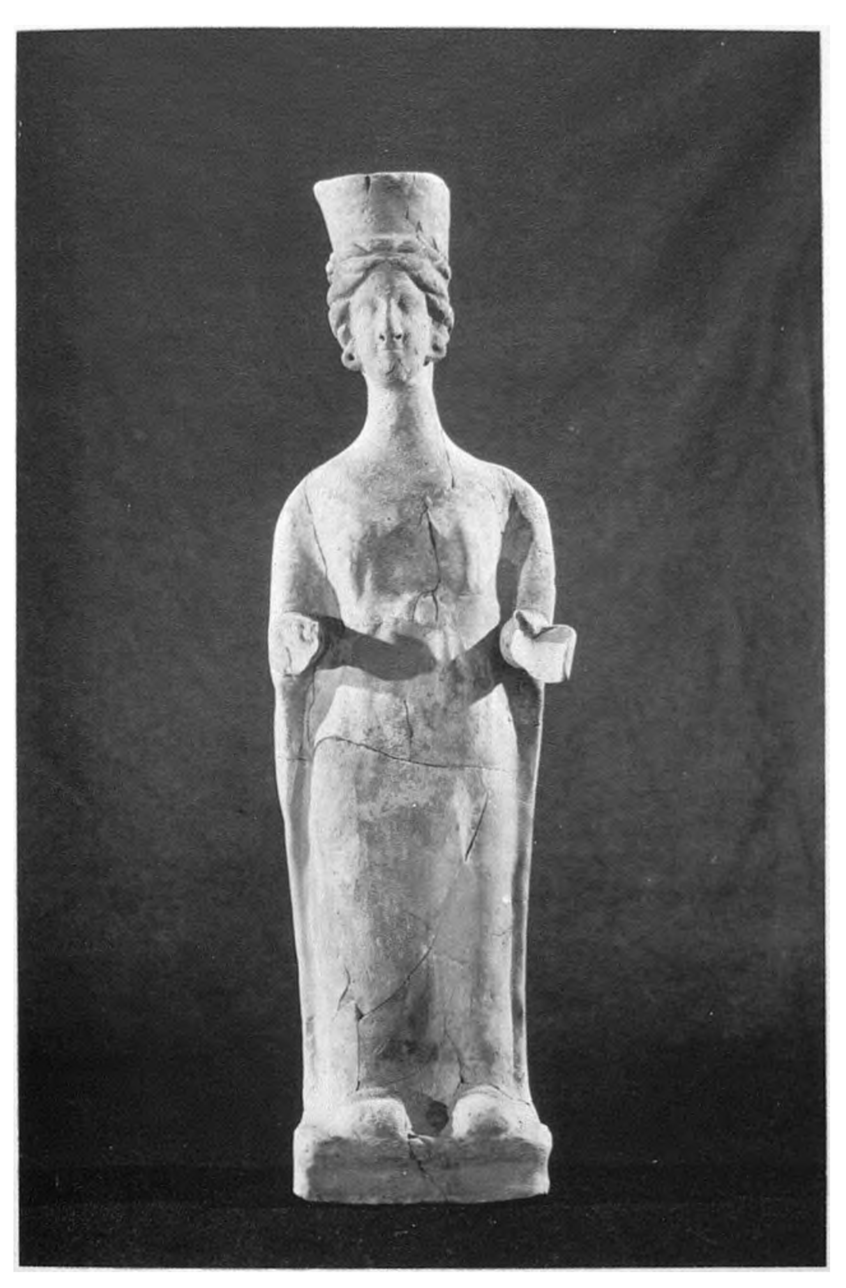
En vano buscaréis a este lado del Atlántico en la América precolombina nada parecido a las pinturas de las cuevas de Altamira y de las otras cuevas del Cantábrico, de hace unos veinticinco mil años. Hace unos ocho mil tenían poesías y leyes los Tartesos, habían difundido por las costas atlánticas de España y de la Europa occidental la arquitectura de la falsa cúpula y cerámicas y orfebrerías maravillosas. Hace veinticinco siglos habían esculpido la Dama de Elche. Antiquísimas fueron también la Dama de Ibiza, las sedentes estatuas femeninas andaluzas y otras muchas obras de arte conocidas.

Si parangonamos la conquista romana de España con la de América por los españoles debemos señalar que Roma tardó 200 años en dominar mi patria, de mínima extensión frente a estas tierras americanas, y que el mundo antiguo era ya romano y aún seguían insumisos astures y cántabros.

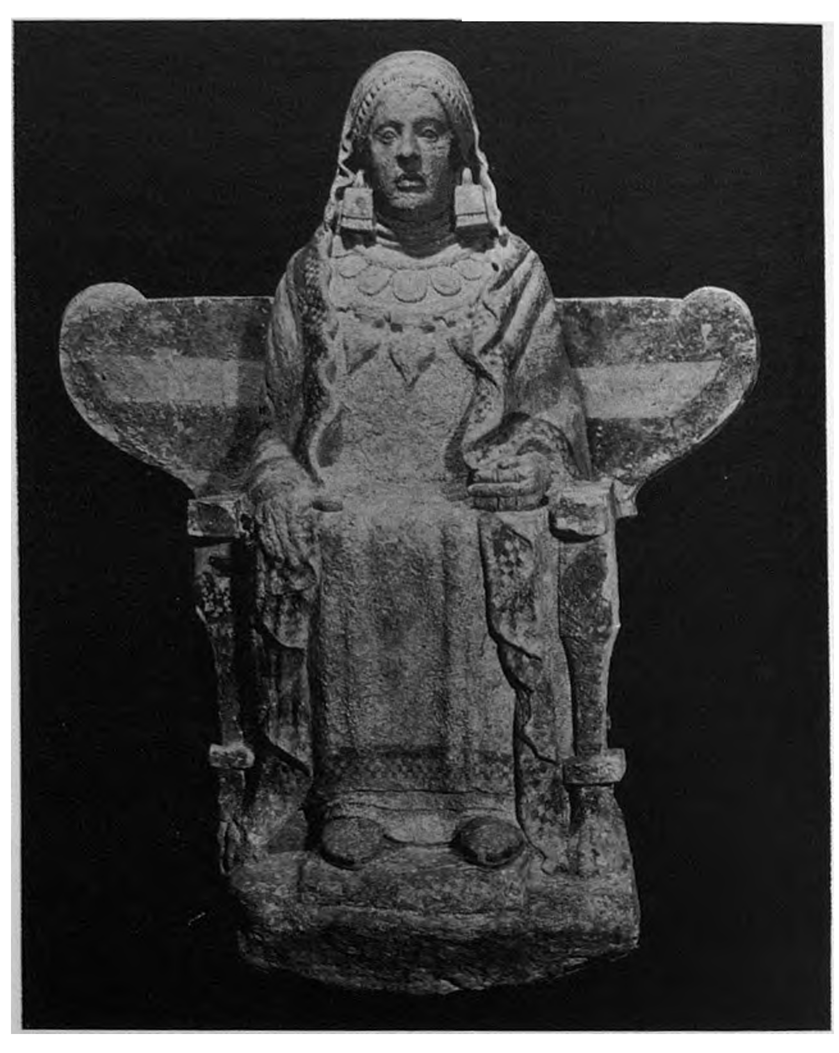
Recordad con qué fuerzas conquistaron Hernán Cortés Méjico y Pizarro el Perú y volved la mirada hacia los altos páramos del Duero para contemplar las décadas que tardó Roma en conquistar una aldea, Numancia, al cabo vencida por Escipión al frente de setenta mil hombres. Y recordad, después, a Augusto, señor ya del universo mediterráneo, movilizando todas sus fuerzas para tardar años en doblegar los pobres solares de cántabros y astures.

Es conocido, además, el proceso de la colonización española en América, la integración de los pueblos de aquende el mar a la corona de Castilla en pie de igualdad, como un reino más de los que la integraban, en parangón con las desigualdades jurídicas establecidas por Roma en las ciudades hispanas y cómo tardó cuatro siglos en hacer ciudadanos romanos a los peninsulares.

Todo ello no obstante, yo rindo culto afectivo a Roma, que transmitió a España la civilización greco-romana y me siento orgulloso de esa ascendencia. Porque, como reza la famosa inscripción esculpida por los romanos en el Puente de Alcántara -*Existirá mientras exista el mundo*—, mientras exista el mundo perdurará, con el recuerdo de las gestas crueles de la conquista, la memoria de la herencia cultural recibida.



Una sacerdotisa púnica habida en Ibiza, señal del gran arte de la cuenca mediterránea.



La Dama de Baza, señal de lo andaluz español antes de la arabización del territorio.

Pero nos hemos apartado del problema que implica mi afirmación de que sólo España —y aplico este nombre a Castilla— pudo descubrir y colonizar América. Ahí está empero la médula de este estudio: el recuerdo del hiperdinamismo, la hipersensibilidad religiosa y la tradición colonizadora de mi patria: *el enigma de España.*

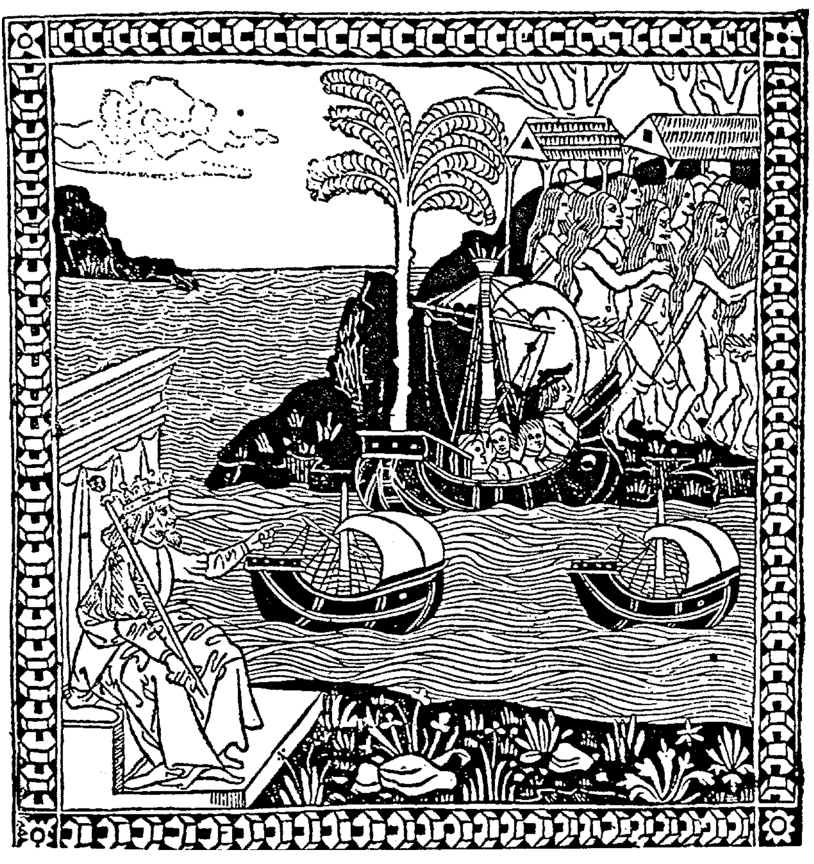
IV

SINGULAR NATURALEZA DE LA COLONIZACION HISPANA

El gran historiador belga Verlinden ha hipertrofiado la influencia en la colonización hispana de la tradición colonizadora de las señorías italianas del Mediterráneo. La relativa unidad de la civilización atlántica de hoy, el europeísmo de sus cuadros institucionales y económicos y su contraste con los del mundo árabe o chino no dependen de la filiación común de aquéllos en comunes empresas modernas de los pueblos occidentales de Europa. Las modalidades nacionales de los métodos de colonización de esos pueblos fueron muy diversas. El acercamiento entre sus creaciones atlánticas de hoy se vincula con la general integración en la cultura de Occidente de las metrópolis colonizadoras y con la fecunda acción unificadora del último siglo. Y aun así son todavía muy grandes las divergencias que apartan a las naciones de origen hispano de las naciones de estirpe anglosajona. En la raiz remota de esas diferencias se hallan los muy diversos métodos de colonizaciones de las dos comunidades matrices.

No puedo seguir a Verlinden cuando afirma que los establecimientos genoveses —barrios de mercaderes, factorías, concesiones...— anuncian los que fueron creados por los españoles y portugueses. Alguna filiación cabe establecer entre los sistemas colonizadores de Portugal y de Holanda, que siguió luego las huellas lusitanas, con los habituales en el tardío medioevo. Mas entre la colonización medieval de la República de Génova, con fines económicos ante todo, y la española, ante todo conquistadora y evangelizadora, median enormes diferencias.

Las conquistas de los grandes imperios americanos, poblados por gentes idólatras y de bárbaras costumbres —la fobia antihispánica de quienes no pueden perdonarnos la hispanización de todos estos



España se lanza a los mares con ánimo de cristianizar en los sitios más lejanos del planeta, concretando así el impulso místico de la Edad Media española.

pueblos ha paliado e intentado en vano paliar esa barbarie—, la difusión de la fe, de la cultura del derecho, de las formas de pensamiento y de vida españolas por un inmenso continente, y la jurídica articulación en el mecanismo estatal castellano de las tierras ganadas por la espada no tienen enraizamiento posible en los tradicionales métodos colonizadores de la Señoría.

La presencia en Andalucía de un grupo de navegantes, banqueros y mercaderes genoveses que sólo sabían de empresas mercantiles y bancarias, y el excepcional paso de algunos de ellos a las Indias no

influyó, no, de modo digno de nota en las colonizaciones *imperiales* -subrayo el calificativo- de los españoles. Pesaron en éstas muy poco el espíritu mercantil, la apetencia de negocios, el señuelo de las ganancias comerciales. Los castellanos no aprendieron ni intentaron aprender nada fundamental en los sistemas coloniales de Genova. Tal vez para daño de nuestras propias empresas de signo señorial y religioso.

Verlinden reconoce el enraizamiento en la pura tradición medieval castellana de las capitulaciones colombinas y de los privilegios obtenidos por Colón tras el descubrimiento. Si alguna acción ejercieron los genoveses —esa acción fue menos que mínima— en las primeras jornadas de la explotación de las Antillas, pronto la aventura hispana tomó rumbos sin engarce posible con los seculares de la colonización italiana medieval. Hay muchas mayores diferencias entre ésta y las técnicas hispanas de las por mí señaladas otrora y por Verlinden hoy; entre los métodos colonizadores españoles de los siglos XVI al XVIII y las empresas coloniales europeas de los siglos XIX y XX, resultado y proyección del imperialismo económico, fruto de la revolución industrial contemporánea, empresas que con razón desvincula el gran historiador belga de la tradición hispano-atlántica.

Hay que indagar y descubrir por otros caminos la acción colonizadora española de América.

Las creaciones colonizadoras americanas de los españoles —fundaron centros de poder y no centros económicos— enraizaron en la historia medieval peninsular. Durante ella, ningún pueblo de Occidente había tenido un entrenamiento parejo al de las gentes hispanas en aventuras conquistadoras y colonizadoras.

En contraste con el ambiente burgués y heterodoxo, de signo moderno, postrenacentista y postluterano que preside la colonización inglesa en América, ¿quién no ha advertido el espíritu religioso y guerrero, místico y codicioso a la par, de nuestras gestas de más acá del Atlántico? Y ¿cómo podrá nr.die negar el medievalismo de tales sentimientos, que, enraizados en el alma española, per-



En la Baja Edad Media española figuras como la de Alfonso III consolidan una personalidad política, social y cultural española.

duran y se sobreviven aun después de las fronteras de la Reforma y del Renacimiento?

En parangón con los empeños comerciales, contemporáneos o pre-

contemporáneos, que lanzan a Holanda o a Inglaterra a sus colonizaciones en los más diversos continentes, ¿no hiere al punto nuestro olfato el olorcillo amargo a fraile, a labriego y a soldado que despiden todas las tierras hispanas de América a raíz de su conquista por España? Y ¿no son el pluralismo, la aventura guerrera y los hondos sentires religiosos signos típicamente medievales? De entre todas las colonizaciones conocidas en la Historia es, por tanto, la de España en América la única que enlaza, deriva y enraíza en la Edad Media. España, que al descubrir y conquistar el Nuevo Mundo vivía en muchos aspectos de su vida una Edad Media retrasada, que al comenzar la Edad Moderna universal estaba todavía preñada por el espíritu y genios medievales, trajo a las Indias colombinas su medievalismo agrario, religioso y guerrero. La empresa indiana ¿no puede, pues, calificarse de hija postuma de nuestro medioevo?



Los Fueros de población, con los Municipios, anuncian una integración nacional basada en el reconocimiento de los derechos regionales. El Fuero de Población y Conquista de Córdoba, fechado en 1279.

V

APETITO DE MAS ALLA



La Edad Media española, de la cual saldría el Descubrimiento de América, muestra una sociedad muy estructurada, dueña de un estilo.

Es sabido que Colón había fracasado en Portugal. Habría fracasado también en Francia, que no tenia ninguna tradición marítima y colonizadora, que cicatrizaba sus heridas de la Guerra de los Cien Años y que iniciaba su política de expansión al sur de los Alpes. Y es extraordinariamente dudoso que hubiese conseguido apoyo en Génova o Venecia, muy ancladas en la política de expansión mediterránea y a las que no podía seducir una muy problemática aventura ultra atlántica preñada de interrogantes y teóricamente condenada al fracaso.

Castilla no poseía la tradición de Portugal, aunque había conquistado las Islas Canarias. Pero el país hermano estaba entregado a las exploraciones en las costas africanas y no tenía interés en la aventura problemática de cruzar el mar tenebroso para alcanzar teóricamente las Indias y China.

Castilla poseía, sí, una tradición naval que se remontaba a los días de Alfonso XI (t 1350) y de Pedro I (t 1369). La necesidad de la lucha con los Benimerines africanos y la defensa del Estrecho había movido al primero de los monarcas a la creación de una escuadra de importancia. El Rey Cruel la había aprovechado para sus empresas contra la corona aragonesa. Los Trastámaras la habían empleado para asistir a la Francia amiga en sus luchas con Inglaterra. Los barcos castellanos habían penetrado un día victoriosos por el Estuario del Támesis. Y la misma ansia norteña había buscado la alianza de la marina de Castilla. Esta no tenía que improvisarse marinera en 1492 para iniciar la empresa americana.



La batalla del hombre contra la muerte y contra el tiempo lleva a los españoles de la Edad Media y el Renacimiento a emprender aventuras místico-militares que prenuncian a Don Quijote, caballero armado.

Aparte de las empresas bélicas y piráticas a que aludiré luego, hacía tiempo que los habitantes de las costas norteñas y meridiona-

les del reino de Castilla cruzaban los mares: los del Norte comerciaban con puertos ingleses, franceses y flamencos, y los del Sur, con Berbería y con las costas atlánticas de Africa. Desde el siglo XIV frecuentaron las Canarias. En el XV bordearon las tierras africanas hasta el Cabo Bojador. Y durante la guerra entre Castilla y Portugal, al advenimiento de los Reyes Católicos, realizaron frecuentes expediciones africanas privadas y dos oficiales —las ha estudiado Pérez Embid— en busca de oro y de cautivos. Lograron explotar una mina aurífera, trajeron numerosos cautivos —una de las veces a un rey negro con muchos de sus súbditos— y sólo la paz de Alca?ovas, en 1480, puso fin a tales aventuras marítimas en Africa, pero no a sus pesquerías y viajes a las Islas Canarias.

Castilla había conocido en el siglo XV una vaga y difusa pero evidente apetencia de expansión más allá de sus fronteras y allende las lindes de la península hispánica.

No recojo ahora por primera vez estos tres pasajes literarios que evidencian esa apetencia de expansión.

De Alfonso Alvarez de Villasandíno es este *Decir a la muerte de Enrique III* (1407).

La Justicia señera y amarga se le aparece gimiente y dice:

Agora, coytoda, toda mi cobdicia
Es ir a beuir a yermos extraños

Fray Diego de Valencia de León comenta así en su Cancionero de Baena la visión de Villasandíno:

La dueña segunda que traye espada
La manzana ayuso, el quarto quebrado
Es el buen esfuerzo que por su pecado
Castellanos pierden de cada vegada
Ca sy esta gente fuese concordada
E fuesen juntados de un coraron
Non ha en el mundo un solo rincón
Que no conquistasen con todo Granada.

Y Gómez Manrique, en sus *Estrofas* al príncipe don Alfonso en 1468, escribió:

Esto tome por estrenas
Vuestra red señoría
Con muchas pascuas y buenas
Que vos de quito de penas
El fi de Santa María
Este vos faga reynar
En pas con vuestras regiones
Citara et Ultramar
A las barbaras naciones.

Ramón Menéndez Pidal dice en su estudio *El lenguaje del siglo XV:* "Los descubrimientos que en 1492 *se meditaban*, las conquistas recientes y las proyectadas, afirmaban el valor del propio idioma en el pueblo que tantas ambiciones nutria. Llevado de esta afirmación, acomete Nebrija el escribir su Gramática Castellana, en 1492. La primera gramática de lengua romance que se escribía en la Europa humanística fue escrita en la esperanza cierta del Nuevo Mundo, aunque aún no se había navegado para descubrirlo. Pero el propósito de una gramática vulgar era cosa tan nueva, que al presentar el autor su obra en Salamanca a la Reina Católica, ésta preguntó para qué podía aprovechar tal gramática. Entonces, el Obispo de Avila, el viejo confesor de la Reina, Fray Hernando de Talavera, a la sazón ocupado con entusiasmo en allanar las dificultades que Colón hallaba para su primer viaje, arrebató la respuesta a Nebrija, lleno de confianza, diciendo: 'Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquéllos tengan necesidad de reoibir leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la lengua latina para deprender el latín'."

VI

BELICISMO CASTELLANO:
LOS ABUELOS DE LOS CONQUISTADORES

Se proyectaba y se organizaba la empresa del descubrimiento como trampolín para la conquista de bárbaras naciones. Sacudía a Castilla un ímpetu bélico.

"Otra gente ansí diestra en armas en el mundo no la hay", decía a Enrique IV en 1455 el caballero Fernando de la Torre a su regreso a Castilla desde Francia. "Que tales sean las gentes de Castilla en arte de guerra y fustes (naves) y en campos, ya lo habéis oído decir y por experiencia visto", había dicho antes a los franceses con razón. Con razón porque Francia había podido comprobar el magnífico coraje y el brío indomable de capitanes españoles como Rodrigo de Villandrando, Pero Niño, Juan de Salazar, Rodrigo de Salcedo, Martín Enríquez, Alonso Barrera, Ochoa Barba, Sotomayor Fonseca... y de muchos soldados castellanos que asombraron a los franceses por sus proezas. Como en los días de Trogo Pompeyo, los españoles "preferían la guerra al descanso", y como no tenían enemigo exterior, porque languidecía la Reconquista, lo buscaban en casa y en casa del vecino, de cuya suerte decidían.

El cronista Hernando, jdel Pulgar se dirigió así a la Reina Católica: "Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni leí en los pasados viniesen tantos caballeros de otros reinos de tierras extrañas a estos vuestros reinos de Castilla e de León por facer en armas a todo trance, como vi que fueran caballeros a la buscar por otras partes de la cristiandad. Conocí al conde de don Gonzalo de Guzmán e a Juan de Merlo; conocí a Juan de Torre e a Juan Polanco, Alfa de Biuero e a Mosen Pero Vázquez de Sayauedra, a Gutierre Quixada e a Mosen Diego de Valera e oí decir de otros castellanos que con ánimo de caualleros fueron por los reinos extraños a facer armas

con cualquier caualleros que quisiera facerlos con ellos e por ellas ganaron honrra para sí, e fama de valientes y esforzados caualleros para los fijosdalgo de Castilla. Asimismo supe que no ouo guerra en Francia e en Ñapóles e enotras partes, donde concurrieran gentes de muchas naciones e fui informado que el capitán francés o el italiano tenía entonces por muy bien fornecida la escuadra de su gente, cuando podía auer en ella algunos caualleros castellanos porque conoscia de ellos tener esfuerzo e constancia en los peligros más que los de otras naciones. Vi también guerras en Castilla, e durar algunos tiempos pero no vi que vinieran a alia guerreros de otras partes, porque así como ninguno piensa llevar fierro a la tierra de Vizcaya, donde ello hace, bien así los extrangeros reputan a mal venir a mostrar su valentía a la tierra de Castilla, donde saben que hay tanta abundancia de fuerzas y esfuerzo en los varones della que la suya sera poco estimada".

El más famoso de todos esos aventureros fue el que llegó a ser Conde de Ribadeo. Las acometidas fulminantes de Rodrigo de Villandrando, "a la vez en los cuatro puntos cardinales", habían acreditado la opinión de que ni el tiempo ni la distancia contaban para él. Hizo huir en Anthon (1430) a tres capitanes que "jamás habían vuelto la espalda": al príncipe de Orange y a los señores suizos de Friburgo y de Neufchatel. "La contenance sur le camp de bataille fut celle d'un lion. II promenait devant lui l'epouvante et la mort", dice de él Quicherat. El conquistador español que asombró y que asombra aún al mundo no nació por generación espontánea. Está prefigurado en esos y en otros capitanes de la época menos gloriosa de la historia castellana. La energía cósmica del *homo hispanus* se desbordaba torrencial por cuantos cauces se abrían a su paso un siglo antes de que hallara en América teatro maravilloso para sus hazañas.

Y como en la tierra, también en el mar los hombres de Castilla dieron muestras de audacia y de bravura, en campañas navales, en el comercio y en el corso. Naves castellanas participaron en el sitio de Alguer por catalanes y venecianos. En la Guerra de los Cien Años alcanzaron grandes victorias sobre Inglaterra y Portugal a las órdenes de almirantes como Bocanegra, Tovar y Mendoza; y durante largas décadas dominaron el Atlántico —véase el libro de



Ni aun ante la erosión del tiempo y las arremetidas de la muerte se abandonan las altas empresas.

Suárez Fernández—. Participaron en las conquistas lusitanas de Arcila, Ceuta y Tánger. La Hansa llegó a contratar una flota



En Isabel de Castilla termina radicalmente la Edad Media y aflora con vigor el Renacimiento, a lo europeo español, centrípeto y centrífugo al unísono.

castellana para el Báltico. En paz o en guerra, los marinos vasco-cántabros navegaron sin descanso afrontando todos los riesgos. De los corsarios castellanos en las costas de Flandes, Inglaterra, Gascuña, Canarias y Berbería, dicen Nicollao Teijeiro y Mathorrens “que eran los más audaces y temibles para el comercio marítimo”. Y su valor y su crédito eran tales que cuando la adversidad les castigaba con el cautiverio llegaban a alcanzar altos puestos de gobierno. Tafur encontró a Pedro de Randa, prisionero del Sultán, capitaneando sus mercenarios cristianos; y el condestable de Portugal halló rigiendo a Egipto como “Soldán” a otro cautivo castellano, natural de Villanueva de la Serena, de donde había de salir Valdivia para conquistar Chile.

No se necesitaba espíritu profético para pronunciar las palabras que Hernando de Talavera dijo a la Reina Católica, antes recogidas, sobre el yugo que los castellanos pondrían a las bárbaras naciones al someterlas a su soberanía.



España sigue en el mar, se va al mar, una vez reconquistado su propio territorio.

VII

EL ENIGMA DE ESPAÑA

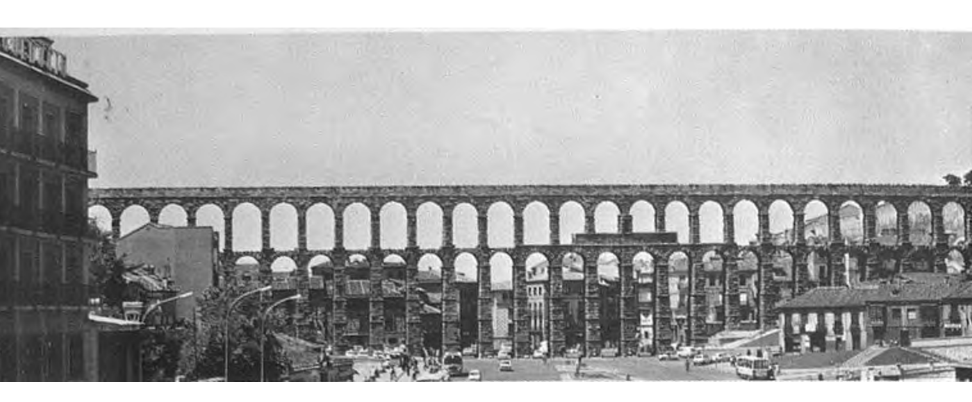
No fue pues casual el descubrimiento ni ocasional la conquista. En verdad, la ilusión de ganar nuevas tierras decidió a las instancias centrales de la monarquía a facilitar la empresa colombina, y fue el espíritu guerrero del pueblo castellano, del que tantas pruebas quedan alegadas, el que proyectándose en las Indias, como llamaron en Castilla a las tierras descubiertas, lanzó a los castellanos a la gran aventura.

Los castellanos no tuvieron que improvisarse marineros ni se lanzaron a la conquista empujados por el azar. Las dos aventuras enraízan en la tradición secular del país. Fueron sucesores de los grandes capitanes de todas las tierras que integraban el reino de Castilla, que habían asombrado a las gentes de allende el Pirineo y del Mediterráneo y que ocasionalmente llegaron a ocupar la soldanía de Egipto, quienes realizaron las gestas de la conquista, inverosímiles si no fueran ciertas.

Pero todo lo dicho y redicho y cuanto pudiéramos decir sobre la empresa americana plantea una acuciante interrogación. Uno de los porqués que están siempre detrás de las gestas miserables o heroicas de la historia.

Desde hace muchos, muchos años, desde 1942 a lo menos, he aludido muchas veces al enigma de España, y he discurrido sobre el misterio que encierra y explica el curso singular de nuestra historia.

En un ensayo que titulé *Mantenello y enmendallo* y que apareció en *La Prensa* de Buenos Aires el 12 de diciembre de 1942, escribí: “El enigma de España, aún en pie y quizás para siempre. El enig-

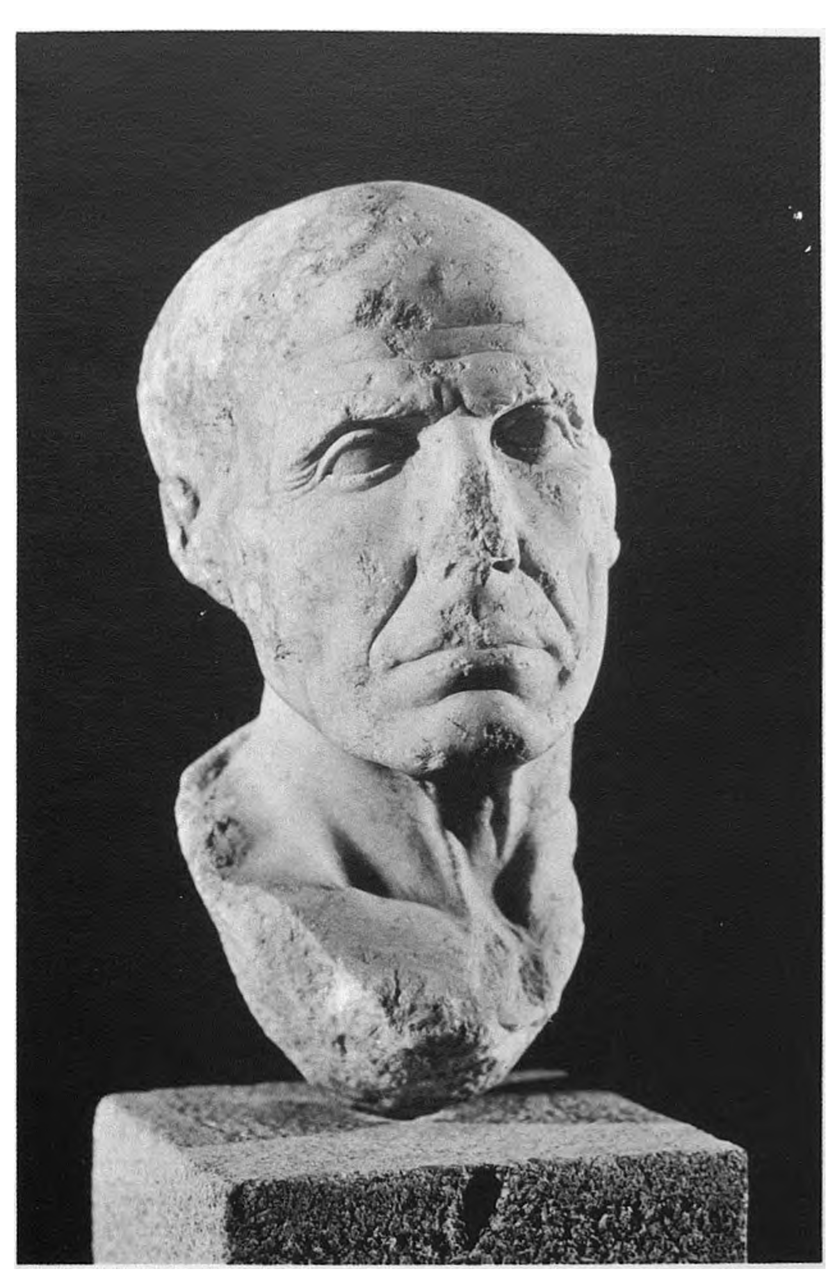


La presencia romana, como la arábiga, como la judía, está muy viva, fundida sobre el quicio ibérico. El Acueducto de Segovia es un monumento romano sobre el basamento granítico hispano.

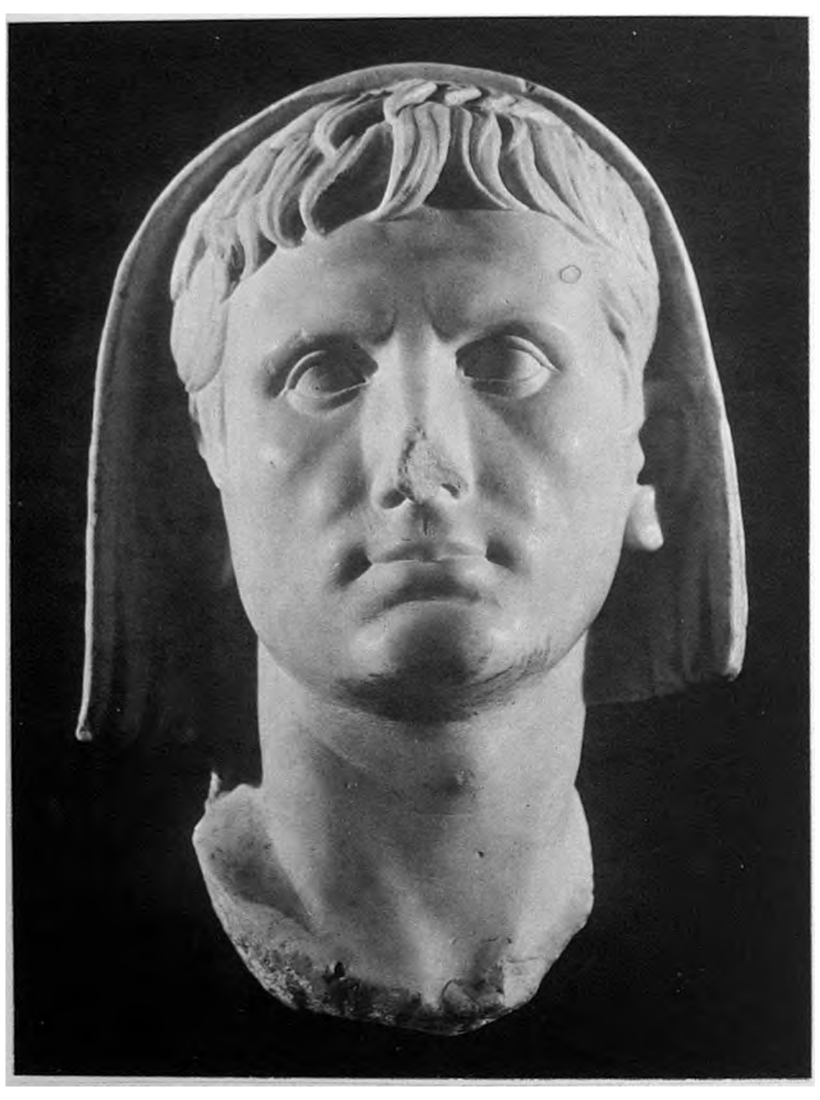
ma de España que ha suscitado la atención de los más egregios pensadores españoles y aun de todos los tiempos y países. En los dias lejanos de Roma para descubrir las cualidades y los defectos de los feroces y bravísimos habitantes de Hispania. Después de los siglos que siguieron a la caída de la monarquía visigoda para justificar la repentina conquista de España por los árabes. Más tarde, desde Quevedo mismo, para explicar la rápida ascensión de España hasta las cumbres del dominio del mundo y para comprender su no menos rápida caída desde la cima. Y todavía hoy para encontrar las causas de las grandes batallas fratricidas de los siglos XIX y XX y de los movimientos secesionistas de varias regiones españolas, a la luz de la historia sin justificación.

”E1 enigma de España no es un tema de exclusivo interés erudito. Ha proyectado siempre su dramática silueta sobre el hoy de cada período del pasado español. No pertenece al puro reino de las sombras... Ha tenido siempre actualidad. Trágica actualidad en muchas ocasiones. Ahora como nunca. Sí, ahora. Porque el problema de España, el ingente problema de España, va a plantearse en un futuro más o menos próximo”.

Y no sólo he aludido al enigma de España en 1942, al discurrir sobre el futuro previsible de la patria. Me ha inquietado muchas veces al estudiar el curso singular de nuestra historia, porque nun-



El 'romano hispanizado, que llega a emperador, tiene un carácter que ayuda al fundamento de la raza enriquecida por tantas sangres que hoy conocemos.



En Mérida, Badajoz, se halla como en su casa Octavio Augusto.

ca me he limitado a escrutar su proceloso ayer, he intentado siempre comprender el pasado que mis investigaciones me permitían descubrir.

Pero cuidado, el enigma de España no constituye una excepción sin posible paralelo en el ayer de los otros pueblos de Occidente y aun del mundo todo. Cada comunidad histórica tiene detrás de su hoy y aun de su ayer un porqué acuciante explicativo de su talante de ayer y de hoy. He ahí los eternos porqués de la historia a los que he aludido muchas veces.

Cuando leí la obra de Américo Castro *España en su historia* (1948), se agudizó mi anterior inquietud por comprender el pasado de mi patria. Esa inquietud se tradujo en angustia al constatar el inmenso daño que podían hacer al futuro del pueblo español los errores de mi antiguo colega y amigo y su sombría imagen de nuestro ayer. Tras muchos años de detenida investigación y de sereno meditar, me aventuré a publicar mi *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1956, 2 vols., 1.480 páginas.

No voy aquí a reiterar ni siquiera a abreviar mi detenida exégesis del misterio de España. Miles y miles de españoles han leído alguna de sus siete ediciones; pero no puedo menos de apuntar algunas de mis ideas para hacer comprender el porqué del descubrimiento, la conquista y la colonización de América.

Destaqué cómo España, que durante milenios había sido el "fondo del saco" —perdóneseme el galicismo—, recibió y absorbió las migraciones de los pueblos europeos y no europeos que un día se pusieron en movimiento durante la remota prehistoria y aun durante la misma antigüedad. Medité sobre las proyecciones de esa realidad en la forja del talante hispano, habida cuenta la misma áspera realidad geográfica de mucha parte de la península hispana, dispar de la que sirvió de sustentáculo a las otras naciones de Europa. Y procuré descubrir la herencia temperamental legada al pueblo español por ese milenario proceso histórico.

Me detuve también a meditar sobre las proyecciones en el curso de nuestro pasado de tres desembarcos que incidieron de modo decisivo en nuestro ayer histórico y que siguen quizás incidiendo en nuestro hoy. Aludo al de Tariq, el 28 de abril del 711 en el Peñón de Gibraltar, al frente de unos miles de berberiscos recién islamizados. Al de Colón en la isla de San Salvador, el 12 de octubre



Libro dẽ grãdezas y cosas memorables de España.

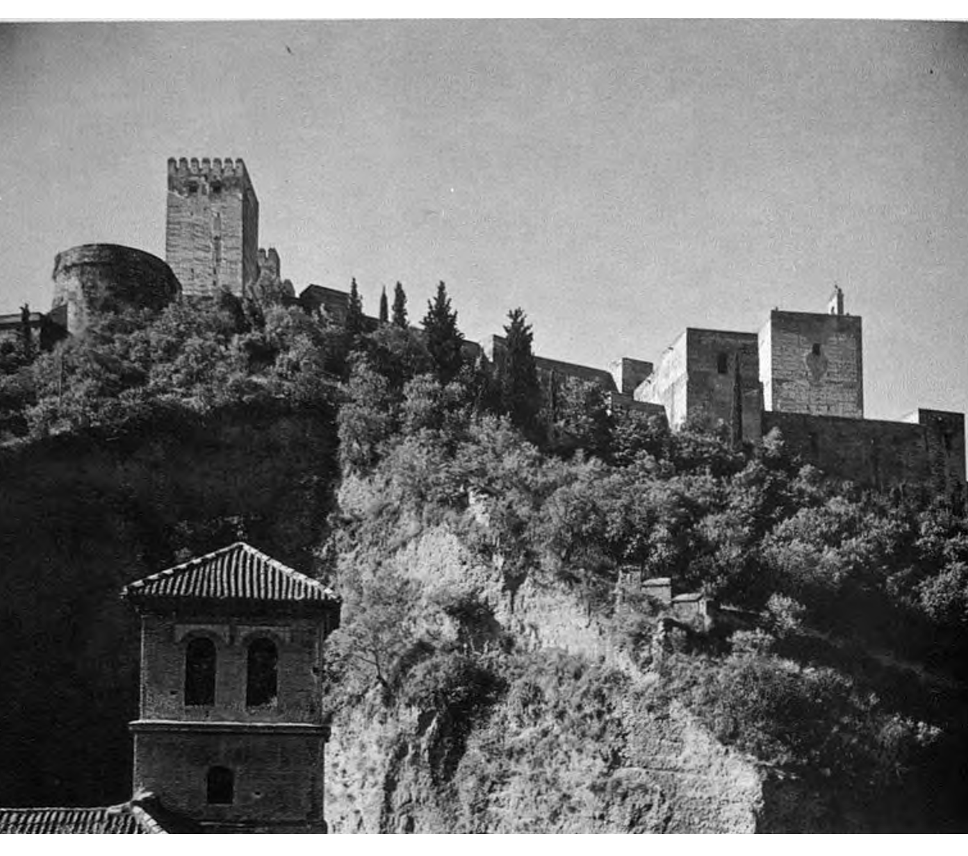
En el «Libro de las grandezas y cosas memorables de España», trae este significativo grabado cartográfico de la Península.



La gran mezquita de Córdoba, una de las maravillas del Islam españolizado.

de 1492, comandando tres carabelas castellanas, y al de Carlos de Gante, el 17 de septiembre de 1517 en Tazones, en las costas de Asturias, al arribar a España para hacerse cargo del gobierno de la misma.

Me he detenido a meditar muchas veces sobre las proyecciones de esos tres desembarcos en el curso proceloso de nuestro ayer. Los tres han provocado colosales contorsiones en la vida de los peninsulares. Quizás los dos postreros no hubiesen tenido lugar sin el



Los castillos, las murallas, los baluartes de la Reconquista.

primero, para mí clave de la historia española. Esta habría sido muy diferente de como ha sido si los islamitas llegados a la península para intervenir en una querella civil —en una más de las que había sufrido la España visigoda por causas que he estudiado despacio— no hubiesen traicionado sus compromisos con los witizanos y no hubiesen iniciado la trágica historia de España, que duró hasta el 2 de enero de 1492, en que los Reyes Católicos ocuparon la Alhambra, coronando las largas centurias que duró la Reconquista.

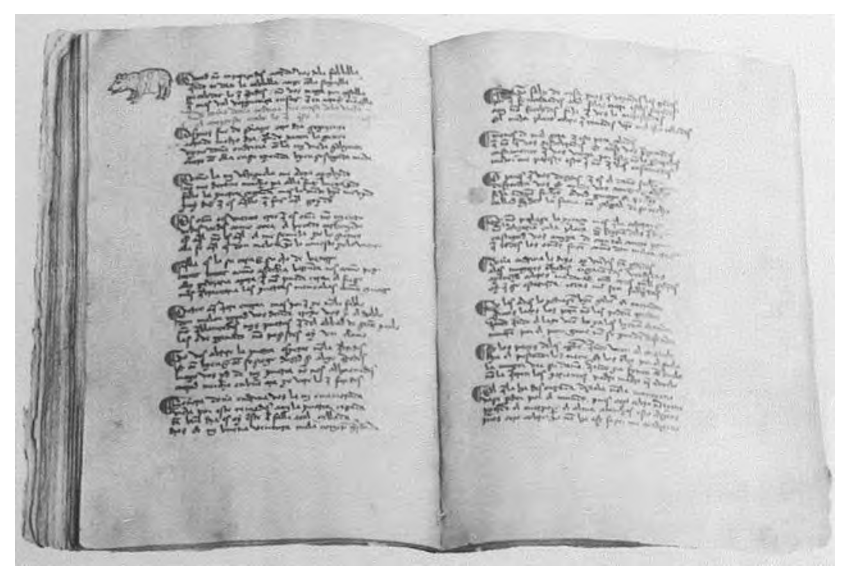
Habíamos sido diferentes de los otros pueblos europeos de Occidente por lo singular de nuestro remotísimo ayer. He recordado



El Cáliz de (Doña Urraca, joya del arte hispánico del siglo XI.

docenas de veces que Roma tardó doscientos años en conquistar a España y ganó las Galias en una campaña de diez años. La fulminante —explicada y explicable pero fulminante— conquista de la península por los islamitas de Tariq y de Muza y su incorporación al califato de Damasco afirmaron nuestro talante primigenio. Naturalmente surgió muy pronto en tierras de astures y de cánta-

bros —sólo sometidos por Roma cuando el mundo mediterráneo era ya romano— la resistencia a los dominadores islamitas de España. He calificado muchas veces a la Reconquista de clave de la historia española. Ella acentuó los rasgos diferenciales de mi patria frente a los otros pueblos de Europa occidental, desde hacia siglos dispares de la madre Hispania. Grandeza y miseria de ocho siglos de combate. Ellos agudizaron el enigma de España que, como queda dicho, se halla en la base de la conquista y colonización de América.



La poesía española, desde la Edad Media, dio la medida del alma y del carácter de los españoles.

VIII

“LA PERDIDA DE ESPAÑA” Y EL INICIO DE LA RECONQUISTA



La corte era un centro de cultura y de empeños al servicio de la fe.

El carácter electivo de la monarquía visigoda, la fortísima autoridad de la realeza, que elevaba a la riqueza y al poder a quienes bien placía al soberano o hundía en la miseria a sus adversarios enemigos y hasta les suprimía a su capricho, dio frecuente ocasión a ásperas discordias civiles en la segunda mitad del siglo VII. El triunfo de una facción, al elevar al trono a uno de los suyos, engrandecía al clan vencedor y humillaba o suprimía al clan vencido. Son conocidas las crueles ejecuciones de Chindasvinto —hizo ejecutar a los miembros de doscientas familias poderosas y a otros doscientos de familias mediocres—; los esfuerzos de Recesvinto y Wamba, en trances difíciles, para mantener su real autoridad; la apicarada supresión por Ervigio del segundo de los reyes citados —le narcotizó—; las persecuciones de los familiares del último por su yerno y sucesor Egica; la anarquía que padeció el reino durante los reinados de éste y de su hijo Witiza; la elevación de Rodrigo al trono por el Senado y su ocupación del poder *tumultuóse.*

Más de una vez, durante etapas de discordia civil, algunos ambiciosos magnates habían solicitado la intervención extranjera para ocupar el trono. Eso hizo Atanagildo llamando a los bizantinos para derrotar a Achila; y eso hizo después Sisenando negociando la ayuda de los francos para deponer y sustituir a Suintila. Los hijos de Witiza, desplazados del trono por Rodrigo, solicitaron la intervención de los musulmanes, que poco antes habían llegado victoriosos al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

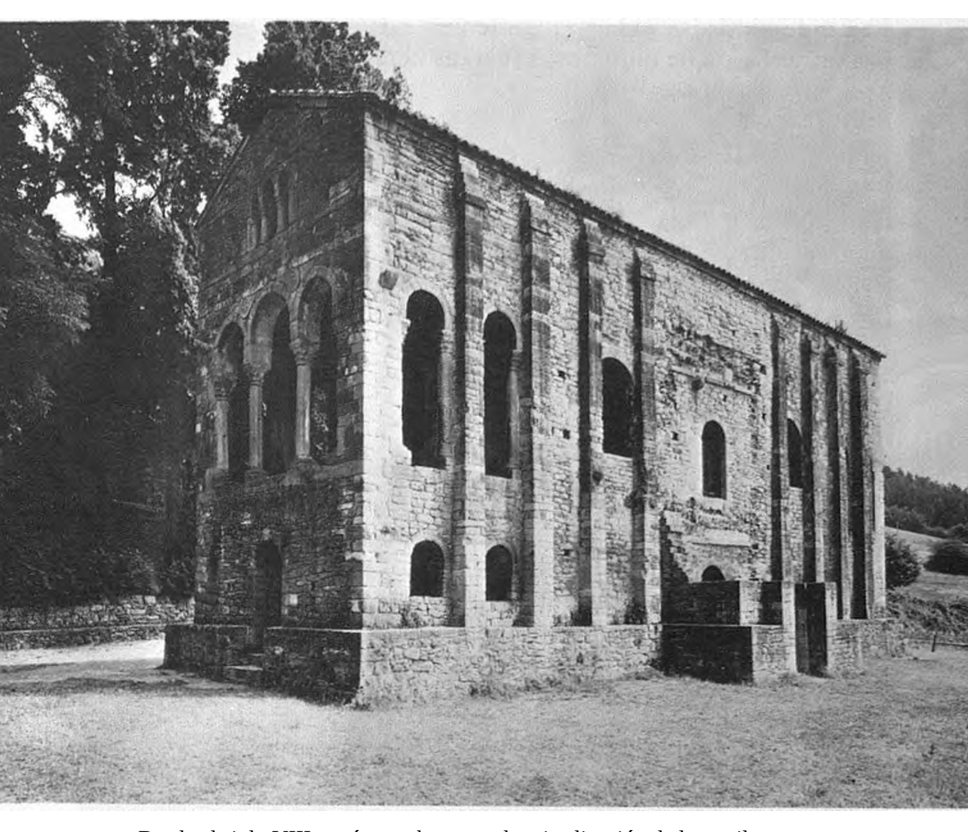
Muza, gobernador de la región en nombre del califa de Damasco, acepta la demanda y entra en el juego pero tomando precauciones.

El 28 de abril del 711, su lugarteniente Tariq desembarca en Gibraltar al frente de numerosas fuerzas bereberes e inicia asi la gran aventura, la más trágica aventura de nuestra historia.

Rodrigo estaba en el Norte luchando contra los vascones, eternos enemigos de la monarquía toledana. Mientras al cabo de casi tres meses pudo enfrentar a Tariq, éste había avanzado no pocas leguas. Se combatió en el Guadalete. Durante la batalla, los witizanos se pasaron a las filas musulmanas y el último rey godo murió peleando. Sus gentes resistieron aún en Ecija, pero Tariq, ayudado por los witizanos, avanzó raudo hacia Toledo, la capital del reino. Se le unieron en ella los judíos perseguidos por los últimos reyes visigodos. Pero como reza la conocida frase: "El traidor no es menester siendo la traición pasada", Tariq, en lugar de proclamar rey a un hijo de Witiza, proclamó la soberanía del califato de Damasco.

Después son conocidos los lances de la conquista musulmana. Al tener noticia del éxito de su lugarteniente, Muza cruza el Estrecho y avanza contra Sevilla. Horas cruelísimas y a veces vergonzosas para España. Heroísmos, resistencias de las ciudades hispano-romanas sobre todo —Emérita, Hispalis—, pero también capitulaciones, pactos, traiciones... España al cabo sometida.

Ninguna hora más triste en la historia de España y ninguna más fecunda en trágicos seculares corolarios. ¿Cuál habría sido nuestro pasado uncidos al yugo del Islam si en el Norte no se hubiese iniciado en seguida la resistencia? En las montañas cantábricas vivían los nietos de cántabros y astures, los últimos pueblos sometidos por Roma tras doscientos años de batallas desde el inicio de la conquista. Fueron los astures los primeros en sublevarse contra los musulmanes. Les acaudilló un godo no conformista. Tal vez hijo de un duque, acaso espatario —guardia personal— de Don Rodrigo. Como otros miembros de la facción vencida en el Guadalete se había acogido a las sierras norteñas. El valí musulmán de Asturias se ha enamorado de su hermana. Ha logrado enviarle a Córdoba, la nueva capital de la España islámica. Pero huye, vuelve a Asturias, subleva a los montañeses de las vecindades occidentales del grande y bellísimo macizo de montañas que con justi-



Desde el siglo VIII, y aún mucho antes, la cristalización de los estilos es una constante del arte español.

cia recibe el nombre de Picos de Europa, resiste en Covadonga (722) e inaugura la lucha de ocho siglos contra los sarracenos.

La Providencia, por las fauces de un oso —se me permitirá atribuir a Dios el suceso— que devora a Fáfila, hijo de Pelayo, provoca la unión de los dos pueblos más bravos del Norte de España, cántabros y astures. Se les unen los godos, no colaboracionistas; los rodriguistas que no habían pactado con los invasores africanos ni capitulado ante ellos y... comenzó la Reconquista.

Nadie piensa, quizás, en las sierras cántabro-astures sino en sobre-



La catedral de Compostela, construida cuando la España medieval se convirtió en el crucero de las peregrinaciones del mundo.



La catedral de Toledo. Su papel en la historia de la cultura española es tan vigoroso como el que desempeña en la médula religiosa de lo español.

vivir libres del yugo sarraceno. Las guerras civiles entre los conquistadores facilitan la supervivencia de los cristianos norteños. También ellos tienen sus problemas internos. Vascones y gallegos no se someten gustosos a los reyes de Oviedo. Pero al cabo surge

la idea de la restauración de la monarquía visigoda. A fines de siglo tienen que sufrir bárbaras acometidas islamitas tendentes a suprimir definitivamente todo foco de rebeldía cristiana en el Norte. El *asturorum regnum* resiste los crueles zarpazos y poco a poco surge en sus montañas la idea de la reconquista de España contra el enemigo musulmán.

Esa idea triunfa a comienzos de la segunda mitad del siglo IX y en días coincidentes con la gran crisis del poder emiral en Al-Andalus, en la España musulmana. Un cronista cristiano la formula por vez primera. Y desde entonces los cristianos del Norte luchan por arrebatar España al enemigo sarraceno.

Largos siglos de batallas, cercos, algaras, victorias y derrotas. El *asturorum regnum* cruza los montes, avanza por el llano, la corte se instala en León, vence, es vencido, resiste, ataca, vuelve a ser derrotado... No cejan en el empeño de ganar tierras para Cristo y para ellos. La Reconquista, clave de la historia de España y raíz profunda, vivaz, magnífica de la empresa de América.

Repito lo que he dicho muchas veces: si los musulmanes no hubieran puesto pie en España, nosotros no habríamos realizado el milagro de América.

¿Quién puede adivinar cómo habría sido nuestra historia y cómo sería nuestro hoy si Tariq no hubiese cruzado el Estrecho o si, vencido en Guadalete, hubiera sido obligado a regresar a Africa y el Islam no hubiese señoreado en España? ¿Quién puede imaginar una historia no realizada, una historia proyección normal de nuestro talante primigenio, forjado a través de los milenios que precedieron al nacimiento de Cristo y que siguieron a tan magno suceso? Una historia diferente de la que hemos padecido, una historia durante la cual el Islam hubiese quedado siempre confinado en Africa y no hubiese tenido lugar en nuestro suelo el gran duelo que llenó casi ocho siglos de nuestro ayer. Gran tentación para mi mente, gustadora de indagar el pasado y de meditar sobre él cada mañana. Pero quede aplazada la tentación para otros días.

IX

SIEMPRE EN FRONTERA RECONQUISTA, COLONIZACION Y CRISTIANIZACION

Hace muchos, muchos años califiqué a la Reconquista de clave de la historia de España. Y creo haber probado despaciosa y exhaustivamente la realidad de tal afirmación. La Reconquista fue posible porque los pueblos del Norte Cantábrico, conservando la herencia temperamental acuñada en milenios —la estudié en su día despaciosamente—, pudieron iniciar y llevar a cabo la gran aventura. Me he detenido otrora a demostrar esa realidad y creo haberlo conseguido.

Pero es a la par seguro que la Reconquista, la áspera y cruel batalla multisecular contra la España islámica para recuperar el solar nacional, fue afirmando el milenario talante hispano y fue creando una psiquis singular, una singular concepción de las relaciones del hombre con la divinidad y unos singulares ideales de vida; una particular articulación social; el hábito de batallar con un enemigo doblemente hostil en el alentar diario y en el concebir el más allá; un verter por cauces bélicos de toda la potencia vital de la comunidad; siempre en frontera, con un continuo apetito de hacerla avanzar en tierra enemiga; prontos a dar nuevos saltos de tigre y prontos a digerir las tierras conquistadas; proyectándose en un tríptico que podríamos definir con tres infinitivos: batallar, colonizar, rezar; sin alcanzar plazo para una consagración singular a las tareas del espíritu ni a la vida económica; con férvida apetencia de un numinoso más allá, más que de un complejo más acá.

El vocablo forjado para bautizar a ese multicentenario batallar —Reconquista— está preñado de muy diversos significados y de muy diversos corolarios. Durante siglos, la guerra contra el moro fue alternativamente defensiva y ofensiva según fuera el poderío de la España islámica, oscilante entre la desbordante potencia bélica,

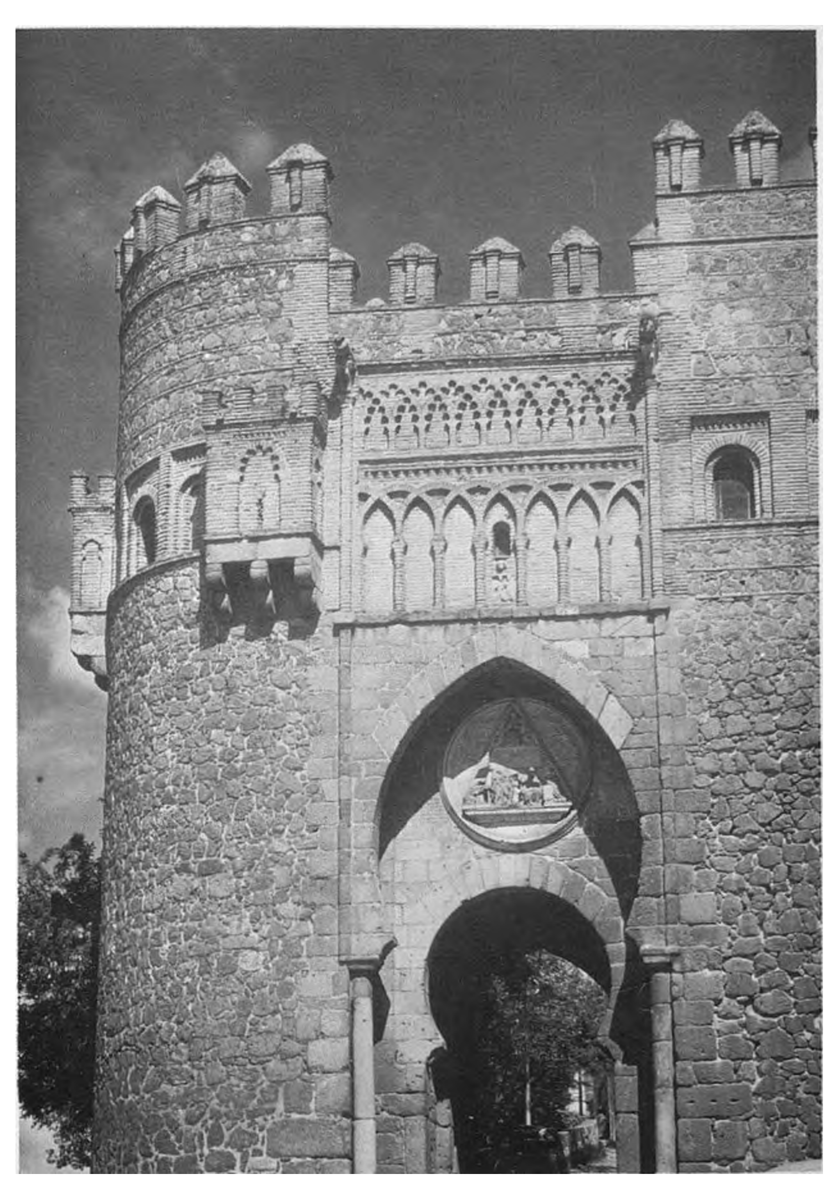
cuando no la perturbaban problemas internos, y la ocasional flojera, si ocasionalmente primero y temporalmente luego, a la caída del califato, el islam español perdía su secular acometividad. Pero como he afirmado y demostrado, el enfrentamiento con la España mora nunca fue un paso de ballet, sino áspero y sangriento. Cada nuevo hallazgo de testimonios arábigos confirma esa realidad.

El clásico vocablo Reconquista tuvo empero, a lo largo de los siglos, una innegable realidad histórica porque desde las peñas de la zona cántabro-astur hasta Granada, con tristes intervalos y no pocos temporales retrocesos, la cristiandad hispana fue reconquistando el solar nacional.

Una cronologia de las luchas que hubieron de mantener los cristianos contra los islamitas, desde el mismo siglo VIII, muestra que no gozaron de un quinquenio de paz con sus debeladores —ora atacando ellos, ora siendo atacados— hasta la muerte de Almanzor (1002), y que durante muchas décadas la lucha fue anual. La crisis del Califato de Córdoba permitió un suspiro de alivio a la cristiandad occidental. Pero como había ocurrido ya, apenas dejaban de aparecer las huestes islámicas por el confin del horizonte, leoneses y castellanos, ahora unidos, se lanzaban a la ofensiva.

Gran salto del Duero al Tajo al conquistar Toledo en 1085; pero en seguida, menos de un año después, el desastre de Zalaca. Durante muchas décadas, unos nuevos invasores africanos golpearon duramente a la cristiandad occidental. Resistió Toledo, no sin sufrir horas angustiosas, pero se perdieron las otras plazas del valle del Tajo y, en 1107, el reino de Castilla y León sufrió la terrible derrota de Uclés.

Décadas después, Oreja, a unos pocos kilómetros de Toledo, se hallaba todavía en poder del enemigo. Otra vez estuvo amenazada la antigua capital del reino godo. Salvaron la peligrosa situación las milicias de los concejos nacidos entre Duero y Tajo: Avila, Segovia, Salamanca. A veces no sin sufrir terribles desastres, pues no siempre sabían organizarse inteligentemente. En una ocasión, las de Salamanca osaron enfrentar nada menos que al ejército almorávide, mandado por un hijo del emir. “¿Quién es



Las fronteras se defendían bravamente, sus baluartes son los peldaños de la Reconquista.

vuestro caudillo?”, preguntó el jefe islamita al no advertir en la hueste enemiga el estandarte real. “Aquí todos somos caudillos de nuestras cabezas”, respondieron altivas pero anárquicas las gentes salmantinas y, claro, fueron aniquiladas por los africanos.

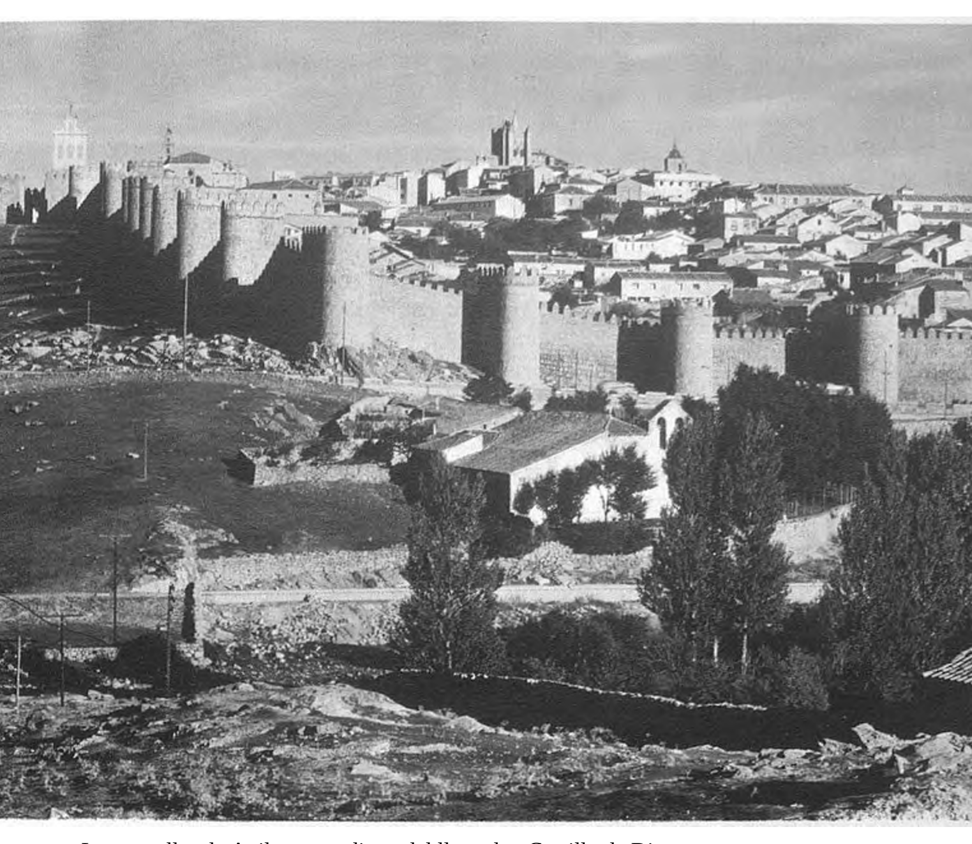
Euforia ante la crisis almorávide. Esa euforia se traduce naturalmente en las victoriosas empresas bélicas de Alfonso VII, que corona con la toma de la lejana Almería. Pero en 1157, el Emperador muere en el Puerto de Mudal, convicto de la nueva cruel amenaza almohade y entristecido al comprobar la ruina de sus esperanzas.

Medio siglo cruel de ataques de los nuevos invasores africanos. Heroica resistencia cristiana. Aventuras bélicas. Tras largo asedio se gana Cuenca. Pero después la gran derrota de Alareos (1195). Casi dos décadas de angustia. Siempre, siempre, algaras, combates, sitios... Otra vez al quite los concejos. Recordemos a las milicias de Avila asolando Andalucía y forzando al califa almohade a enviar contra ellas un gran ejército mandado por su hijo, que logró atraer a mis abuelos a una traidora celada; y recordemos al soberano musulmán convidando a una corte poética en Sevilla para celebrar la traidora victoria y enviando epístolas eufóricas a todos sus dominios relatando la derrota de los abulenses que mandaba Jimeno, el de la albarda, como despectivamente le llamaban.

Recordemos también las grandes audacias de las milicias concejiles mandadas por el Princeps Militiae Toletanae, muchas veces victoriosas pero también a la postre vencidas a traición.

Años crueles, pero al fin el alivio de Las Navas. Tres reyes cristianos ante el califa almohade. Horas difíciles. “Arzobispo, yo e vos aquí muramos”, dijo Alfonso VIII al prelado toledano en unos momentos de peligro. Dios al quite. Al cabo, gran victoria. La cristiandad salva y triunfante (1212).

Pero se suceden las horas difíciles de una minoría. Otra vez la Providencia ayuda a los cristianos. Fernando III en el trono de Castilla y una década después en el trono de León. La crisis almohade...



Las murallas de Avila, cerco digno del llamado «Castillo de Dios».

Durante siglos no había habido vagar para empresas de paz. Toda la actividad de la cristiandad hispana occidental se había vertido en dos empresas colonizadoras. Fue preciso a los reyes de Oviedo primero y a los de León después, tras construir una serie de fortalezas en la raya del Duero, poblar las tierras que se extendían entre la cordillera septentrional y el curso del gran río. Después, cuando se llegó al Tajo hubo de poblarse y defenderse la zona situada entre el Duero y la cordillera central. En la primera repoblación, junto a sedes episcopales y cenobios y junto a las propiedades de los magnates favorecidos con donaciones reales, surgieron grandes masas de hombres libres, ora propietarios de las

tierras que labraban, ora colonos enfiteutas de las que les eran cedidas por sus dueños, que de ellos necesitaban para volverlas a la vida. Embriones de municipios fueron apareciendo especialmente en la zona castellana. Las necesidades de la lucha elevaron la villanía social y políticamente. Junto a los nobles, que peleaban como jinetes, los labriegos que tenían caballos se trocaron en caballeros villanos con un status que les acercaba a los infanzones, es decir, a la vieja nobleza. La sede regia, León, adquirió privilegios con ocasión de su repoblación el año 1020. Se constituye al cabo una sociedad de excepción frente a la sincrónica de la Europa feudal.

En la segunda etapa de la repoblación, al cruzar el reino al Duero, surgió una serie de concejos libres, cuyos centros urbanos se alzaban con miras defensivas en colinas situadas junto a un puente (Zamora, Salamanca...), en una crestería rocosa frente al paso de una sierra (Avila), en una a modo de proa situada entre dos ríos (Segovia), dominando desde un alcor una fértil llanura...

Esos concejos de entre Duero y Tajo fueron a la par fortaleza y templos. Elevaron raudos fuertes muros en torno a sus cascos urbanos y raudos construyeron iglesias en honor del Salvador, de María y de los Santos.

Conocemos cómo se realizaba su vuelta a la vida por la crónica de la repoblación de Avila. Catervas de emigrantes norteños, a caballo, sobre pollinos o a pie, llegaban al casco desierto de la vieja urbe en ruinas y tomaban solares a su grado. Pero en seguida debían proveer a la defensa de la plaza y buscaban el auxilio del Altísimo, obligados como estaban a defenderse y a atacar para alejar al enemigo de sus lares. Los de mi tierra abulense tuvieron, incluso, que incendiar los bosques de las sierras vecinas para que no sirvieran de base al enemigo sarraceno.

Extraña sociedad la que estaba cuajando en aquella Castilla fronteriza que sólo sabía de adorar al Todopoderoso y de enfrentar al enemigo de ese Dios a quien invocaban en sus andanzas bélicas junto a la Virgen Madre y a sus Santos, de quienes esperaban ayuda y protección en las horas crueles de la lucha. El botín de gue-

rra, si ocasionalmente se lograba, se ofrecía a la divinidad. Se convertían las mezquitas en iglesias y se edificaban nuevas casas de oración en los poblados ganados al Islam.

La clerecía participaba en la lucha contra el moro orando en sus iglesias y cenobios por el triunfo de las huestes regnícolas y en ocasiones asistiendo a las batallas y combates. En la de Valdejunquera del 920 fueron apresados los obispos Harmogio y Dulcidio; los de Avila, Segovia y Sigüenza cayeron en Alarcos (1195), y el arzobispo de Toledo don Sancho murió en lucha con los Benimerines (1275). Conquistaban plazas: don Bernardo de Toledo ganó Alcalá, y Jiménez de Rada, Alcaraz y Quesada. Organizaban o participaban en expediciones predatorias; fue famosa la del toledano don Martín Lope de Pisuerga, que provocó la empresa terrible de Alarcos. Sus sucesores asistieron a las jornadas de Las Navas y del Salado, y los de Santiago al sitio de Jerez en los días de Fernando II, y al de Algeciras en los de Alfonso XI.

En esa sociedad asediada por el estruendo de la guerra contra los islamitas no podía seducir el meditar sobre el prodigio del pensar, sobre el curso del proceso vital, sobre los misterios mismos de la vida del hombre... y no podía atraer el consagrarse a realizar empresas económicas que creasen riqueza lentamente. Esta se ganaba o se perdía a botes de lanza, en victorias o en desastres; en victorias que permitían arraigar en nuevas tierras o en desastres en los que se jugaba a cara o cruz la vida.

La España cristiana continuadora de la hispano-romana y de la hispano-visigoda, fecunda en escritores religiosos, fue un erial durante siglos. En tierras otrora pródigas en vida espiritual, pródigas en escritores consagrados a cantar al Altísimo y a explicar sus misterios, el arcediano de Segovia Gundisalvo fue caso excepcional, sin antecedentes ni proyecciones cercanos importantes. Moriscos y judíos se consagraban a la producción de bienes materiales.

En esa sociedad seducida por el diablo de la guerra contra el moro no hubo tampoco lugar para el desarrollo de la lírica triunfante allende el Pirineo. Los lances crueles de la Reconquista facilitaron

el desarrollo de la épica. Y se escribieron no pocos cantares de gesta en honra y exaltación de héroes auténticos o legendarios; cantares en verdad azuzadores de la gran aventura.

Los almohades se acercaron a Toledo poco antes de Las Navas. Después, en menos de cuatro décadas, se llega hasta Sevilla; maravilla inimaginable a principios de siglo. Media centuria de empresas bélicas y colonizadoras. Otra vez repoblaciones y fortificaciones. Las Ordenes Militares, campeonas de la cristiandad durante casi un siglo, se enriquecen fabulosamente, y con ellas no pocos magnates... Pero también llegan a Andalucía y a Murcia catervas de caballeros y de villanos. Otra vez guerra y colonización. Y otra vez trasiego humano como el de las peñas de Asturias y de Cantabria hacia el valle del Duero.

Podríamos resumir la estampa de esos colonizadores en una extraña pareja, extraña en la Europa ultrapirenaica. En un caballero que busca y obtiene riqueza a botes de lanza y en un labrador ilusionado por el establecerse en tierras ganadas por su amo. Una prefiguración y no novelesca de Don Quijote y Sancho. Pero una prefiguración también de los conquistadores de América.

Otra vez batallas, cercos, algaras; otra vez discordias civiles tras el triunfo. Heroísmos y crueldades. Siempre un más allá anhelado que a veces tarda en alcanzarse pero que al cabo se consigue. Ciudades ganadas por la espada, vaciadas a veces de sus antañones pobladores —incluso lo fueron Córdoba y Sevilla—. Siempre una esperanza en un mañana venturoso en el cual la raya fronteriza avanzaría en tierras de moros y se obtendrían nuevos hogares y nuevas riquezas.

Además, una concepción vasallática de las relaciones del hombre con la divinidad se abre paso en las mentes y en los corazones de los conquistadores. “Sirvo, luego me debes protección. Soy tu espada, Señor, estoy combatiendo a tus enemigos para llevar tu santo nombre a nuevas tierras”. Tras el triunfo, rodilla en tierra, el Tedeum Laudamus. Y si no se ha logrado la victoria nadie duda: “Ha sido porque, a causa de mis muchos pecados, Dios me ha vuelto la espalda”. “Soy tu espada, Señor, perdóname, seguiré



El tesón de la raza, el milagro de la artesanía y del arte del tiempo: la catedral de Santiago de Compostela, tierra de artífices.

peleando contra tus enemigos, que por serlo, son también los míos".

"Llevo tu cruz en mis banderas, a Ti consagro mis conquistas: creo diócesis, construyo catedrales, fundo monasterios y edifico iglesias en las ciudades que gano a la morisma. Soy tu espada y tu siervo, Señor: ayúdame a extender tu santo nombre y a honrar a tu madre, a los ángeles y a los santos varones que te sirvieron en el curso del ayer. Gracias, Señor, Dios Mío, por haber delegado en tu apóstol

Santiago la protección de mis ejércitos. Soy tu espada y tu siervo, Señor; no me dejes de tu mano. Gracias, gracias. Con tu ayuda he vencido y seguiré venciendo a mis enemigos, que son también los tuyos”.

Tales eran las ideas y las oraciones de los castellanos de entre los cuales iban a surgir los conquistadores de América. Hasta el Salado (1340) siempre todos en áspera batalla. Después, ni los caballeros ni el pueblo perdieron su talante ancestral. Y aunque las discordias civiles remansaran la Reconquista, las largas décadas de las batallas contra el reino de Granada revivificaron la vieja tradición y prepararon las almas de los castellanos para proseguir a este lado del mar tenebroso las hazañas y los pensamientos y esperanzas de sus abuelos, espadas y siervos del Altísimo, siempre por El alentados y siempre anhelantes de un mañana mejor con la cruz en sus banderas y con sus espadas al servicio de Dios.

Había sido la guerra fronteriza la actividad normal de los hidalgos y los labriegos durante el siglo y medio que tardó en ganarse Granada. Y de tal manera llenaba tal contienda de los castellanos fronterizos todas sus jornadas y todas sus esperanzas que, cuando se conquistó por entero el reino granadino, los moradores de las fronteras cristianas del mismo se lamentaron de la conclusión de la contienda, porque al poner fin al palenque en que empleaban sus vidas, añoraban las horas de la lucha en que al cabo habían medrado sus mayores y ellos mismos. Incluso lo declararon delante del César Carlos V, que llegó a irritarse de tales confesiones y a injuriarles.

¿Cómo vacilar al suponer que esos hidalgos y labriegos que se atrevieron a manifestarse pesarosos de la conquista del reino de Granada ante el Emperador hallarían en las Indias un nuevo cauce para proseguir sus andanzas seculares sin necesidad de darse a la ingrata tarea de trabajar la tierra?

* * *

El autor del latino Poema de Almería, obra de la segunda mitad del siglo XII, calificó así a los castellanos: *Gens fera, gens fortis,/*

metuens non pocula mortis. "Gente brava, gente fuerte,/ que no teme beber la copa de la muerte".

De ellos heredaron la fortaleza y la bravura los conquistadores de América. Siempre, siempre las gestas de los españoles a este lado occidental del Atlántico enraízan en las de sus abuelos castellanos y no hubiesen tenido lugar sin esa magna y magnífica herencia temperamental forjada en los ocho siglos que duró la Reconquista.

Insisto en hacer notar que en esa magna y mágica *antiblosis* —y subrayo la palabra para contradecir estúpidas teorías de quien ignoraba nuestra historia— está la clave de nuestro ayer a un lado y otro del mar Océano.



España se vuelca sobre el mundo y se funde con las razas y religiones sin perder su idiosincrasia.

X

EL LEGADO ESPIRITUAL DE CASTILLA

Aunque el tradicional ímpetu guerrero de los reconquistadores cristianos fue el motor normal de la empresa española en América, seria injusto prescindir de las creaciones espirituales de aquéllos al enfrentar las proyecciones de la Edad Media española a este lado del Océano.

Conoció el reino de León y Castilla desde comienzos del siglo XII un extraordinario florecimiento historiográfico en lengua latina. Recordemos la Historia Silense, el cronicón de don Pelayo de Oviedo, la Historia Roderici, la Historia Compostelana, la Crónica Najerense, la Chronica Adefonsi Imperatoris, el Poema de Almería, la Crónica latina de los Reyes de Castilla, el Chronicon Mundi de Lucas de Tuy y las otras historias de don Rodrigo Jiménez de Rada. Los grandes zigzagueos y apremios de la vida política y bélica del país explican ese florecimiento. Las horas crueles que el reino o los reinos —recordemos la separación de León y Castilla en 1157— padeció o padecieron en batalla con almorávides y almohades y en ásperas contiendas civiles no dejaban vagar sino para esas creaciones históricas.

Junto a esas historias en lengua latina habían comenzado a escribirse en lengua vulgar relatos épicos que podríamos juzgar complementarios del movimiento historiográfico. Los inicia o los inician el autor o los autores del Poema del Cid y los prosiguen los poetas, a quienes debemos los cantares de gesta posteriores. Sincrónicamente con historias y relatos épicos se escribieron algunas leyes municipales, para regular la vida de las nuevas pueblas que iban surgiendo en la frontera y en el interior del reino, e incluso algunas leyes territoriales que reglamentaban la vida política de la comuni-



Otro gran fruto del Camino de universalidad de Santiago: la catedral de Burgos.

dad regnícola; recordemos la que me he atrevido a llamar Carta Magna Leonesa, fechada en 1188.

En esa áspera sociedad más que centenaria, sólo aparecen algunas florecillas líricas sin relieve. Hubo de esperarse a que llegara a aceptarse el romance como lengua habitual de comunicación oficial y literaria y a que lá balanza bélica de la Reconquista se volcase definitivamente a favor de la cristiandad castellano-leonesa. Desde esa época, los castellanos emplearon conjuntamente la espada y la pluma; ésta en muchos géneros literarios y aquélla para seguir fieles a la gran empresa nacional.

Nº 60.

42 Tratados misticos = El martirio de los Santos Cosme y Damian, y la misa.

La lengua castellana se desgaja de lo latino, se españoliza, con los aportes de las viejas raíces prelatinas.

No puedo ni quiero detallar aquí las páginas muy conocidas de nuestros escritores de los tiempos que median entre Berceo y Jorge Manrique. Pero tampoco puedo prescindir de brindar una ojeada general de tales creaciones al meditar sobre la empresa americana.

No, no vino a América una casta de aventureros desarraigados de un pais ajeno a las tareas del espíritu. La Castilla preconquistadora poseía una brillante tradición espiritual. No, no cruza el mar e inicia la aventura americana un pueblo ignaro, huérfano del brillante relampaguear del pensamiento, que sólo supiera de adorar al Altísimo y de venerar a los seres celestiales. La Castilla descubridora y conquistadora carecía, sí, de un vivaz espíritu burgués y de una burguesía pareja de la que maduraba allende el Pirineo y en los Estados y Repúblicas italianos. Pero no de una brillante tradición cultural. Las armas y las letras se entrecruzaban en ella en 1492. Sin ese entrecruce no habrían podido madurar pronto, junto a los capitanes y soldados de leyenda épica, los poetas, los juristas, los teólogos, los naturalistas... que desde temprano florecieron en estas nuevas tierras.

XI

SIN ESPIRITU BURGUES

Lo que no pudieron traer a América los castellanos fue lo que pudiéramos llamar una concepción burguesa de la vida. Queda dicho que un pueblo dado a las tareas de la paz, a la creación de riqueza y al vivir sosegado no habría conquistado ni colonizado las tierras del Occidente Atlántico. Castilla trajo a ellas el potencial cultural ahora brevemente registrado, porque lo había creado en el curso de los siglos, especialmente en los postreros de nuestro medioevo. Pero esos siglos no habían presenciado un cambio decisivo en los ideales de vida ni en la vida misma de cada jornada.

Castilla —los pueblos regidos por los reyes castellanos— había conocido una vida que podríamos calificar de democrática desde el último tercio del siglo XIII. Para defenderse de las injusticias de la realeza, dominada frecuentemente por los clanes nobiliarios, y de los directos abusos de éstos, los concejos habían organizado las llamadas Hermandades, es decir, ligas defensivas, cada vez más amplias y de más aspereza en sus amenazas y en sus actuaciones.

Durante las minorías de Fernando IV y de Alfonso XI, doña María de Molina se había apoyado en los municipios castellanos para salvar los tronos de su hijo y de su nieto, enfrentando los que, no sin un poco de razón, se ha calificado de bandidos feudales; para defenderlos de las dentelladas de la nobleza, digamos sin retórica.

Pero los cientos de concejos organizadores de las Hermandades, que acudían a las Cortes y que ayudaron a la reina, aunque no sin interferirse en el gobierno del Estado, no eran centros donde floreciera una vida económica burguesa y en los que hubiera un claro espíritu burgués.

Muy influido por el espíritu bélico y pío de los reconquistadores inicia los nuevos rumbos Berceo, el poeta de la Cogolla; recordemos los poemas que dedica a María y a los Santos, muy especialmente a algunos que supone combatieron al frente de las huestes cristianas. Siguen el Rey Sabio y sus colaboradores y seguidores, con sus creaciones históricas, donde se narran las hazañas de la cristiandad hispana anterior a sus días. Brilla en seguida la prosa de don Juan Manuel; recordemos especialmente a *El Conde Lucanor*. Se suceden las crónicas que registran las bravezas de los castellanos hasta los días de Alfonso XI —conocemos hoy la gran Crónica en que se historia al gran vencedor en el Salado, al cabo vencido por la peste—. Pone en paréntesis la herencia de sus predecesores el Arcipreste de Hita con su sonrisa burguesa, descubriendo una facies, hasta entonces inédita, del tradicional sentido castellano de la vida. Estudió el Canciller Ayala la tragedia del Rey Cruel, que sacude en sus cimientos la vida de Castilla y da paso a una sociedad nueva que presencia el incontenible ascenso de la aristocracia. Los cronistas no ocultan las ingratas horas de las guerras civiles. Se suceden generaciones de poetas y de escritores. El Marqués de Santillana y Jorge Manrique coronan esa intensa y magnífica producción literaria castellana antes de que nadie pensara en descubrir y conquistar América.

Se rompe también la antañona soledad filosófica del arcediano de Segovia Gundisalvo. Don Rodrigo Jiménez de Rada es algo más que un mero relator de sucesos históricos. Nadie puede discutir la rigurosa profundidad de las teorías jurídicas que asoman en las Partidas. Relampaguea el pensamiento político de don Juan Manuel en el Libro de los Estados, pleno de alegoría y de doctrina. En tomo a las gestas históricas que narra y de su crítica de la vida palatina y regnícola de *El Rimado de Palacio*, chisporrotea la mente lúcida y el talento político del Canciller Ayala. Cronistas y escritores diversos del siglo XV no se limitan a relatar sucesos vulgares, sino que dan paso a maduras reflexiones y aventuran teorías y críticas poEticas y sociales. Se abren camino en Castilla las ideas y los sentires del inicial Renacimiento, llegando hasta las cumbres del Marqués de Santillana. Con sus *Coplas* inmortales, Jorge Manrique discurre con emoción y beUeza sobre la esencia última de la vida humana —sobre las tres vidas del ser de excepción que es



Hernán Cortés, por Weiditz.

el hombre— y ofrece una estampa magnifica de la Castilla de su época.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, Castilla conoce un extraordinario movimiento literario, cultural, científico... Recordemos la introducción y el desarrollo de la imprenta, la creación de la Universidad de Alcalá y el favor dispensado a la de Salamanca y a otras instituciones de enseñanza. Recordemos el auge del romancero y de las novelas de caballería y el cultivo de la gramática ilustrado por Nebrija; el de la escolástica, en el que se distingue el casi legendario Fernando de Córdoba; el de las ciencias jurídicas, en el que triunfa el Dr. Palacios Rubios; el de la medicina y la farmacopea... Recordemos los nombres de Lebrija, Arias Montano, el Brócense y, sobre todo, las dos grandes creaciones que inmortalizaron tales tiempos: *La Celestina* de Rojas, cuya primera edición lleva fecha de 1499, y la preparación de la magna empresa que culmina en la edición de la Biblia Políglota terminada en 1517. Antes de que se iniciase la conquista de México, Garcilaso nos había regalado sus églogas.

Estaban habitados por un grupo de caballeros de estirpe popular —los caballeros villanos—, propietarios y ganaderos; por una numerosa y poderosa clerecía; por una masa numerosa de labriegos; por algunos menestrales —los indispensables para la vida diaria de los moradores en el casco urbano y en el extenso término rural—; por algunos moriscos, también labradores, y por un grupo de judíos.

Caballeros, clérigos y labriegos naturalmente carecían de espíritu burgués; los grupos de menestrales, de vida pobre y que se limitaban a proveer a las necesidades de sus conciudadanos sin soñar siquiera en producir para depósito y comercio, tampoco tenían claros sentimientos e ideales que pudiéramos calificar de burgueses. Y los hebreos vivían entregados a los dos menesteres típicos de su clase: el préstamo a rédito —a veces hasta el 12% a la semana— y la recaudación de los impuestos, y no seré yo quien se atreva a enraizar en tales actividades hebraicas la raíz del espíritu burgués de los .pueblos castellanos.



Luis Vives, luminaria española del renacimiento europeo.

Las crisis políticas, es decir, las guerras civiles que soportó el reino de Castilla desde fines del reinado del Rey Sabio hasta la afirmación en el trono de Alfonso XI y luego durante el reinado de Pedro el Cruel, e incluso durante los días de sus sucesores, no habrían

favorecido el desarrollo de la vida económica en el reino aun cuando no hubiese éste padecido la peste negra.

La colonización de la Mancha y de Andalucía tras la Reconquista, vaciadas de sus antiguos pobladores, había producido grandes dificultades económicas que no logró salvar la política intervencionista de Alfonso X. El reino se inundó de esta manera de mercaderías extranjeras y sufrió una merma de metales preciosos y de productos agrícolas y ganaderos. Crisis norteñas conocidas convirtieron a Castilla en proveedora de lanas a Flandes. Esa exportación desarrolló la riqueza ganadera del país y la marina cantábrica, pero no favoreció la industrialización del reino ni produjo el aburguesamiento de la sociedad; aburguesamiento que hubiera si no cambiado por entero la vieja fórmula algebraica de la vida económica y social, a lo menos sí la hubiera atenuado considerablemente, dando paso a una Castilla de signo quasi burgués.

Tras la pacificación del país, al concluir trágicamente el reinado de Pedro I, el triunfo de la aristocracia redujo el poder político del pueblo. Las juderías continuaron sus viejas prácticas, nada favorables al desarrollo burgués de Castilla. Aumentó la riqueza y el poder hebraico. Se produjeron las horribles matanzas de 1381 y la conversión en masa de gran número de judíos. Pero no se alteró profundamente la silueta económica de la comunidad regnícola. Y ésta siguió careciendo de una burguesía que hubiese podido pesar en el equilibrio espiritual de la comunidad.

Una Castilla aburguesada, una Castilla en la que hubiese triunfado una fórmula de equilibrio psíquico y social diferente del creado por la conexión multisecular entre la rudeza, la acritud y la violencia, corolarios normales de los lances de la Reconquista, no hubiese realizado la empresa americana. La ausencia de una burguesía de importancia y de un vivaz espíritu burgués entre nosotros los moradores de las tres Castillas, la Vieja, la Nueva y la Novísima, se halló en la base de nuestra aventura americana y de sus peculiares características. No habrían nacido los conquistadores de un pueblo que hubiese conocido una vida económica desarrollada en una Castilla aburguesada. Si esa nonata Castilla hubiese descubierto América como un regalo del destino o de la Providencia, la

Castilla aburguesada se habría lanzado a la creación de factorías y habría procurado negociar con los pueblos descubiertos para la civilización occidental. Me permito repetir que de las singularidades de una Castilla sin burguesía y sin espíritu burgués nació el conquistador, nació el héroe de la empresa española.

Y que por tanto sólo pudimos traer a estas latitudes, con nuestro ímpetu bélico y nuestras concepciones religiosas, nuestras creaciones espirituales maduradas en la tardía Edad Media; sólo ése fue el regalo de la Castilla reconquistadora a estas tierras conquistadas aquende el Atlántico.

Lejos de favorecer el desarrollo de la vida económica de la metrópoli española, las urgencias de armas, de vestidos, de aperos de labranza, etcétera, etcétera, llegadas a la Península desde las tierras nuevas de las Indias, el tirón dado por la América recién conquistada, dañó luego el desarrollo de la riqueza castellana y contribuyó a aumentar el impacto, tradicional en Castilla desde hacía muchas décadas, de países industrializados como Flandes, Francia, Italia...

Y no he improvisado al escribir estas páginas. Reitero ideas expuestas y a lo que creo comprobadas otrora en mi *España, un enigma histórico.*

XII

EXALTACION RELIGIOSA



La presencia de la religión cristiana como doctrina de la igualdad humana, llevada a los últimos rincones de la tierra.

Queda señalada la proyección de la Reconquista o, para decir mejor, de la eterna lucha de fronteras, pues muchas veces no se lograba avanzar en tierra enemiga, en la exaltación del sentimiento religioso de los castellanos. Construcción de nuevos templos en las nuevas plazas ganadas al Islam; conversión en iglesias de las mezquitas de las poblaciones conquistadas; fundación de sedes episcopales y de monasterios; donaciones más que generosas, pródigas, a los nuevos obispos y a los nuevos cenobios; prelados y clérigos interviniendo en las grandes batallas y en las algaras o expediciones predatorias; arzobispos organizándolas por su cuenta y dirigiéndolas personalmente y conquistando plazas; las mesnadas populares invocando en los combates a los seres del trasmundo: Cristo, María, Santiago, y ofreciendo a los mismos el botín logrado en los combates y el Tedéum Laudamus para agredecer la victoria del Todopoderoso.

Sabemos de la emoción de Fernando III al ganar Córdoba y de sus órdenes para devolver al apóstol Santiago las campanas que Almanzor arrebató a su santuario. Sabemos de la que el mismo rey experimentó al entrar en Sevilla. Y de la general de todo el ejército cristiano al aparecer la Cruz de Cristo sobre la más alta torre de la Alhambra.

Sabemos del triunfo en sus mentes y en sus corazones de un extraño sentimiento que implicaba como un desafío al auxilio del Altísimo, concretado en la idea orgullosa que podemos resumir en una frase extraña, a medias humilde y orgullosa: “Sirvo, luego me debes protección”.

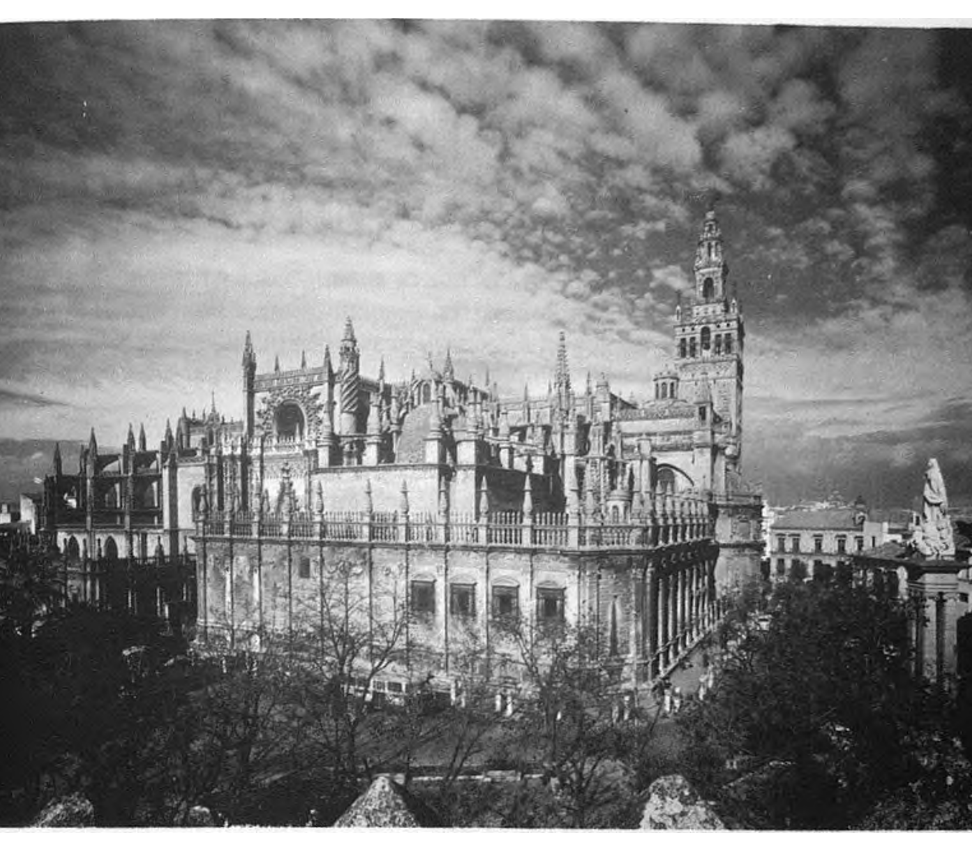
Todos los largos siglos de la guerra de reconquista habían afianzado en la cristiandad castellana esos rasgos extraños, a la par suplicantes y exigentes, a la par píos y soberbios. Pero que se alzaban sobre la convicción de que el primordial deber de los conquistadores era extender hacia el Sur el nombre y la gloria de Cristo.

Un valle, una llanura, una montaña, una villa, una gran ciudad eran ganadas al Islam porque el Señor había sido generoso; y como proyección de la merced divina, castillos, palacios, casas, heredades... Se habían jugado a cara o cruz la vida, habían tal vez caído en la batalla padres, hijos, hermanos... pero después, en lo alto de las torres, el símbolo magno de la pasión de Cristo. Y nuevas tierras que dedicar al culto del hijo de Dios.

Y así un siglo, dos, cinco, ocho. Grandes desastres, muertes, cautiverios. A veces los prisioneros caídos en poder de un príncipe islámico preferían la muerte a comer carne en viernes, quebrando preceptos eclesiásticos. Fe firme, totalitaria, integral, y odio perpetuo al pueblo que había llevado a Jesús a la Cruz, a los judíos.

Extraña comunidad apasionada por su fe en la no interrumpida batalla contra los fieles de Mahoma. ¿Cómo sorprendernos de que puesto pie en las tierras incógnitas de aquende el Atlántico, pobladas por bárbaras naciones idólatras, no exultaran de gratitud hacia el Altísimo y de ímpetu devoto para propagar su Santo Nombre y su culto reverente entre los pueblos conquistados? Se habían cumplido las profecías de los píos y esperanzados favorecedores de la empresa colombina. Habían éstos vaticinado que se ganarían nuevos reinos para la cristiandad hispana al otro lado del mar tenebroso y que los conquistadores, con su lengua fijada gramaticalmente por Nebrija, impondrían asimismo su fe.

En esa tradición multisecular enraíza la invocación del auxilio divino por los conquistadores en las empresas bélicas; especialmente el de la Madre de Dios y el de Santiago apóstol; éste de continuo honrado y venerado y dando nombre a no pocas ciudades. Y enraiza también la inmisericordiosa destrucción de ídolos y templos consagrados a los crueles dioses de aztecas y de quichuas. Y la osadía



La catedral de Sevilla, la Giralda, donde están unidas sin solución de continuidad la cultura del Islam y la cultura cristiana.

al realizar tales destrozos, fiados a la verdad que poseían, asombrando y paralizando a los indígenas habituados a reverenciarlos.

Esa tradición multisecular lleva a los conquistadores a levantar iglesias, a bautizar en masa a los indios, a proponer la aceptación de la fe de Cristo a las figuras imperiales vencidas y condenadas a morir, y ello para salvarlas del infierno. A infundir tal confianza en los misterios de su fe que, contagiando de ella al indio, lanzaba a éste a aceptar el prodigio de las celestiales apariciones milagrosas de María.

Los templos del sol y de las bárbaras divinidades de estas tierras eran transformados a veces en iglesias. Como en España contra el islamita profanador del nombre de Cristo, guerra ambiciosa de medros y riquezas; lucha ambiciosa de riqueza y de medro pero a la par redentora de almas a este lado del mar contra las bárbaras naciones de que Nebrija y Hernando de Talayera hablaran a la Reina Católica.

Sin los siglos de batallas contra el moro, enemigo del Altísimo, de María, de Cristo y de sus Santos, sería inexplicable el anhelo cristianizante de los españoles en América, basado en la misma férvida fe en los misterios de la complejisima teología cristiana.

¿Cómo explicar sino partiendo de esa fe gestos como el de Hernán Cortés en la apoteosis de su gloria guerrera acudiendo a recibir a los religiosos que llegaban de España, arrodillándose ante ellos y besándoles humildemente las manos, ante el asombro magno de los jefes indígenas que le consideraban como un dios y que, desconcertados, registraron empero su gesto, incomprensible para ellos?

¿Cómo explicar con los lances heroicos de la conquista esa férvida fe de que dieron muestra los hombres de armas, si la Castilla de donde procedían hubiera vivido insegura y desviviéndose como Américo Castro pretendía y supuso otrora, y si hubiese triunfado en ella, en la patria de los ardidos y creyentes capitanes y soldados, la angustia vital de los conversos que el mismo ensayista suponía caracterizando a los castellanos de los siglos XV y XVI?

XIII

GUERRAS CIVILIZADORAS

Fue el descubrimiento fruto de la apetencia castellana de extender el dominio de la fe cristiana y de la soberanía de Castilla allende los mares en misteriosas tierras ignotas. Y fue la conquista proyección de la singular Edad Media de Castilla, centrada en un tríptico que, como queda dicho, podíamos definir con tres infinitivos: luchar, rezar, avanzar; luchar para recuperar el solar de España; rezar para pedir a Dios auxilio en la batalla y para agradecerle la victoria, y avanzar colonizando con nuevos pobladores cristianos las tierras ganadas al Islam. Este tríptico preside al cabo nuestras gestas colonizadoras en este lado del mar.

La conquista no fue un paso de ballet; fue bárbara y brutal; pero no había libertad de opción. No soy hombre de guerra, amo la paz. Prefiero cien veces el rasguear de plumas o el gemir de grúas al sonar de espadas, disparar de fusiles o explotar de bombas. Creo sólo en la guerra suprema de las ideas. Ninguna hazaña espiritual deja de tener magnos corolarios. Ni la *Noche obscura del alma* ni las *Moradas* han dejado de tenerlos. Pero no puedo desconocer las proyecciones fecundas de algunas guerras. Se asemejan a las modernas intervenciones quirúrgicas que, al suprimir tejidos podridos, hacen brotar roja sangre y requieren a veces largas convalecencias.

Sí, hay guerras saludables para unir pueblos que la locura de algunas minorías o clases del ayer han separado; para defender la libertad y los derechos del hombre y, digámoslo, también para civilizar comunidades humanas a las cuales la historia mantiene en Ja barbarie o en sus aledaños.

Si, hay guerras justas emprendidas para propagar no sólo las semillas, los avances de la civilización. Podríamos compararlas con la acción del arado que abre e hiere la tierra para poder arrojar en ella los granos fecundos que permiten después alcanzar las horas de la siega. Por la condición de sembradora de un triple conjunto de civilización, fe y libertad se justifica la conquista de las Indias por España.

Pese a todos los ditirambos de las culturas americanas prehispánicas, es monstruosamente injusto equipararlas a las de nuestra madre España en los días de las grandes aventuras cisatlánticas. Nada habia aquí lejanamente equiparable al conjunto de las ideas, las letras, las artes, los saberes y las instituciones del reino de Castilla en los albores del siglo XVI. No resisten un severo paralelo las construcciones de los aztecas y de los incas con la Catedral de Compostela o la Alhambra de Granada, para no citar sino dos polos del arte medieval hispano. Y ninguna institución prehispánica de estas latitudes puede compararse con las que habían caracterizado la Edad Media castellana. Recordemos las ciudades regidas por fueros que consagraban la libertad de los ciudadanos y garantizaban un orden jurídico justo.

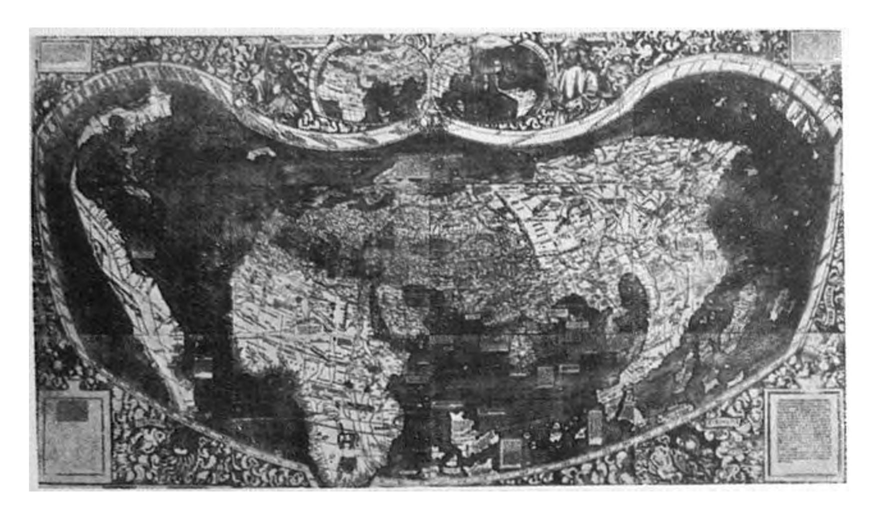
Todo ello aparte del regalo que representó la introducción y recepción de la fe cristiana, con sus secuelas de igualdad, fraternidad, amor, perdón, justicia, caridad.

La aportación hispana se basaba en un tríptico, constituido por la libertad, la fe, la civilización. Fe sin civilización es superstición, en la que se esfuma el perfume de la*razón suprema de la divinidad. La fe sin libertad conduce al sacrilegio, a la ficción. En la civilización sin fe se sustituye a Dios, fuerza sublime creadora y rectora, por la reverencia humildosa de la máquina; se da el triunfo a un César encarnado en el Estado; la justicia no es siempre igualitaria y al cabo se produce un deslizamiento hacia las guerras de ambicioso dominio. La civilización sin libertad degenera en barbarie, porque el Estado sin libertad es parcial y cruel, el espíritu es con frecuencia aherrojado, cesa a la postre el ímpetu creador; las técnicas producen medicamentos, autos, máquinas, aviones... Pero sin libertad, el hombre se convierte en un robot. La libertad sin civili-

69

Muy altos y poderosos señores

El concepto jurídico de la vida pública se refleja en millares y millares de documentos como éste donde Cristóbal Colón ratifica a los Reyes que ha cumplido su mandato de cristianizar y no esclavizar.



Por fin, en el Mapamundi, aparece un nombre y una tierra nueva: América.

zación lleva a la barbarie y a la anarquía; y sin fe da el triunfo a la fuerza del más poderoso y produce una regresión en la escala de la vida humana.

La guerra española de conquista trajo a América el tríptico mágico integrado por la fe, la libertad y la civilización. Todas las guerras de conquista han sido bárbaras y crueles, desde las lejanas de Alejandro o de Roma, hace miles de años, a las de Francia e Inglaterra en los siglos postreros. Una diferencia aparta empero a la romana y a la española de las otras; la primera, al cabo de los siglos, hizo ciudadanos romanos a los conquistados, y la nuestra, desde el primer dia, iguala jurídicamente a los conquistados con los conquistadores, convierte a aquéllos en súbditos con iguales derechos que sus debeladores y trasplanta a este lado del mar su panoplia de instituciones; no siempre generosas, justas, como tampoco lo eran en Castilla, pero mucho más justas y generosas que las en América tradicionales. Y no podía ser de otra manera, supuesta la organización institucional, social y jurídica que la Reconquista había ido creando en tierra española. De ésta llegaron las organizaciones religiosas, las audiencias y cabildos, las universidades, la imprenta y también las encomiendas no inventadas aquí. España no tuvo colonias: el rey lo era de Castilla, León... y de las Indias.



La empresa colombina fue una evidencia de cómo convivían la Edad Media y el Renacimiento en España.

Toda conquista, repito, ha sido bárbara y cruel. Imaginad empero que los españoles no hubiesen realizado la de América y no hubiésemos traído a estas tierras el mágico tríptico: fe, civilización y libertad; el mágico tríptico del mundo europeo, ¿cómo serían las horas de hoy de la América española?

Yo, español, que no ignora las crueles horas de la conquista de España por Roma —horas que duraron dos siglos—, elevo muchas veces en mi espíritu una acción de gracias a esa ciudad civilizadora de mi patria. Son injustos los hispanoamericanos que no rinden hoy igual homenaje a la España a quien deben la fe, la civilización y la libertad.

Y es injusto arrojarnos al rostro las pirámides mejicanas y las ruinas de la misteriosa Machu Picchu peruana, para registrar la gloria de las culturas de los pueblos conquistados. ¿Cómo comparar Machu Picchu con Toledo, Compostela, Sevilla... ni siquiera con Salamanca, Avila y Segovia? Mi homenaje a la cultura Maya, pero ¿cómo compararla con los hallazgos científicos de la Civilización Occidental?

Importa además no olvidar las glorias espirituales hispanas. ¿Qué había en América equiparable a las pinturas de la Cueva de Altamira, las Damas de Elche y de Ibiza, a las estatuas femeninas de la Andalucía primitiva, a la diadema de Jávea, a las cabezas de toro de Costig, a los teatros de Mérida y Sagunto, a los acueductos de Segovia y de Ferreras, al Puente de Alcántara, a las magnas producciones literarias, filosóficas, religiosas de los hispano-romanos y de los hispanos de la temprana Edad Media, muchos siglos —algunos más de un milenio— anteriores a las culturas azteca o quichua?

¿Cómo olvidar además las crueldades de mejicanos y peruanos a la llegada de los españoles? Recordemos como ejemplos de las mismas las rituales extracciones de corazón en Méjico y a Atahualpa bebiendo chicha en el cráneo de su hermano. *El tirano Felipe II* —injusto calificativo, pero admitámosle— no recaudaba impuestos extraordinarios sin el previo acuerdo de los Concejos de Castilla.

Los españoles mezclaron en seguida su sangre con la de los indígenas, creando una población mestiza. Comparemos esa realidad con el apartamiento y la distancia que otros pueblos colonizadores europeos modernos han mostrado siempre en sus colonizadores.

XIV

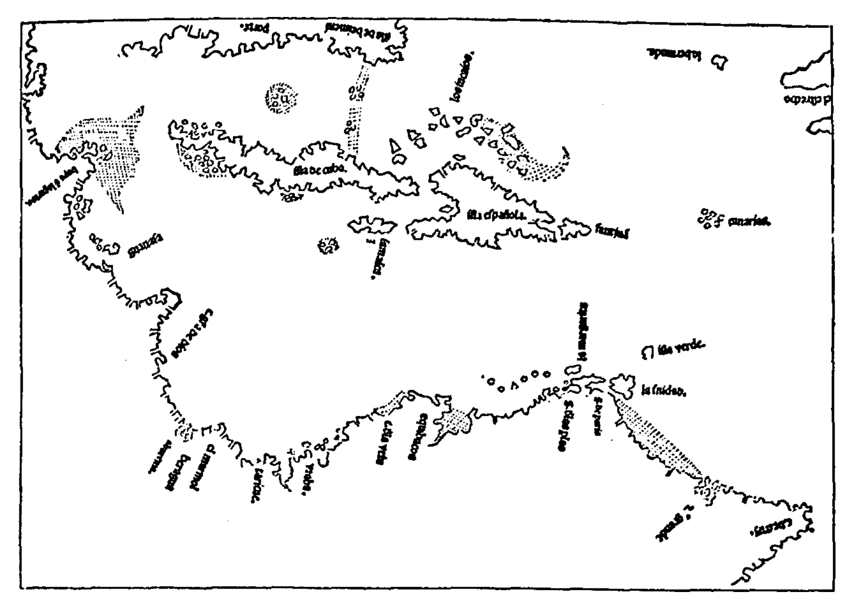
¿EMPRESA CASTELLANA O ESPAÑOLA?

He aludido de continuo a la historia medieval de Castilla para explicar las varias facetas de la empresa americana. Y no me he dejado dominar por un patriotismo regional. Porque la gran aventura iniciada en 1492 fue obra de naturales de las diversas tierras que integraban el reino regido por los reyes castellanos; desde el País Vasco a Andalucía y de Galicia al Mediterráneo andaluz. ¿Por qué fue dispar la contextura vital de las gentes que moraban en la que solemos llamar Corona Aragonesa, integrada por Cataluña, Aragón y Valencia?

Cierto que no fue pareja la historia de esas dos porciones de España; que los avatares de la Reconquista en esos estados orientales de la Península no fueron idénticos a los que caracterizaron las batallas contra el Islam de los reinos Astur, Leonés y Castellano. La ocupación de las tierras murcianas, en los días de Femando III, cortó además el paso a la secular contienda con el moro de catalanes y aragoneses. La herencia temperamental forjada en los siglos primeros de la Reconquista en los reinos orientales de la Península, aunque no idéntica a la que se había ido acuñando en los reinos centrales de la misma, mostraba, empero, muchos rasgos activistas parejos a la típica de las tierras castellanas. Sin embargo, a partir del siglo XIII, la expansión mediterránea de la Corona Aragonesa diferenció de modo notorio el talante de los moradores en ella del recibido por los hermanos de Castilla.

Recordemos que tras interrumpirse la Reconquista comenzó la gran aventura mediterránea de los sucesores de Jaime I el Conquistador. No mostraron en ella menos coraje, ímpetu, audacia que los súbditos de los Reyes de Castilla, y a veces temporalmente les

El Descubrimiento de América se levantó sobre un órgano jurídico de gran envergadura. Todo quedó documentado, sometido a contrato y a ley.

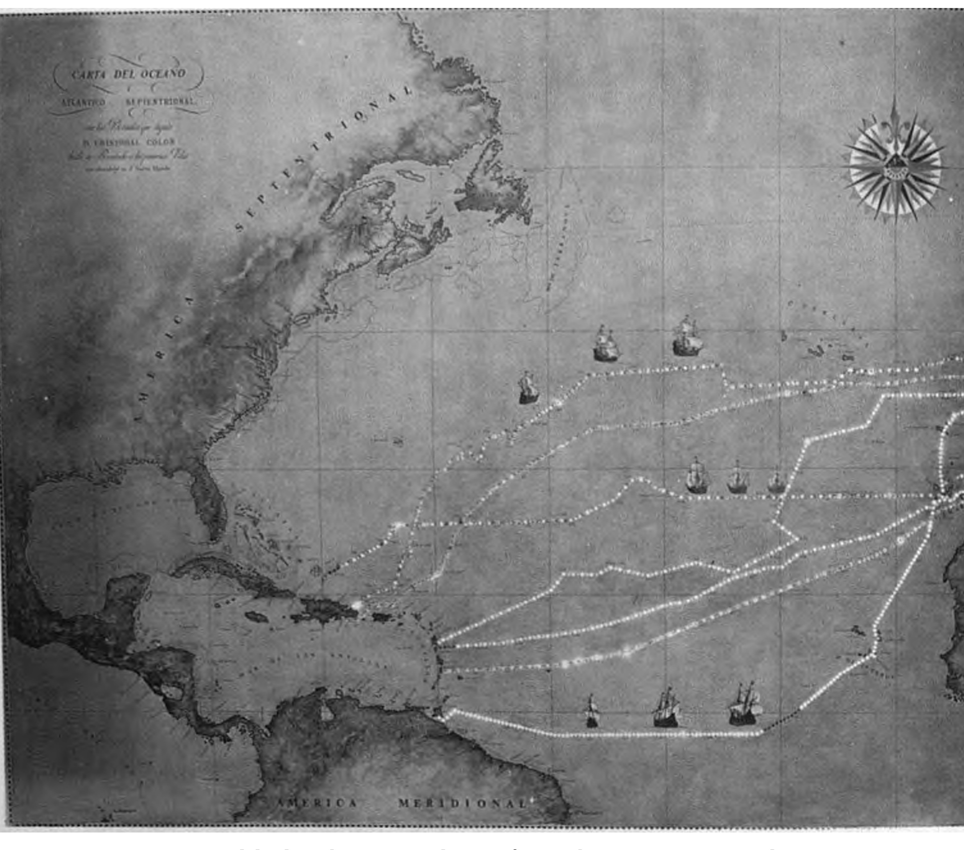


Ya en 1511 hay una visión bastante completa del mar antillano visto desde la Tierra Firme.

superaron en ellos. Pero sus batallas no estuvieron ya signadas por el carácter religioso y reconquistador peculiar de las castellanas. Hubieron de enfrentar y enfrentaron a sus enemigos con no menor audacia que las gentes de Castilla a los suyos, pero esos enemigos eran cristianos, como ellos, y a veces entre esos enemigos figuraba incluso el Pontífice romanó, jefe espiritual de la cristiandad.

Las tierras conquistadas o a lo menos combatidas no estaban pobladas por bárbaras e idólatras naciones, sino por pueblos cristianos a veces de refinada cultura y a veces de milenaria tradición cultural helénica. Y no se hallaban al otro lado del Océano tenebroso, sino en las orillas del viejo mar de la civilización y *a* pocas jornadas de navegación, no peligrosa las más veces.

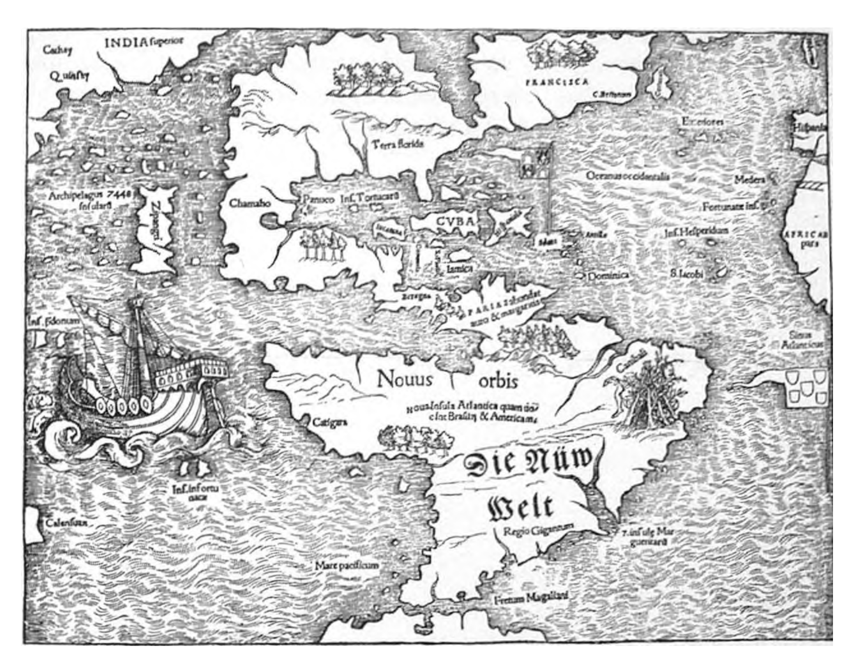
Esa presencia en las orillas del milenario mar greco-romano abrió además camino al tráfico comercial; a los negocios bancarios; y sobre todo vertió en las playas de esos reinos el caudal creciente de



Los caminos del descubrimiento de América abrieron a España los mares y tierras del orbe. Lo medieval europeo se transformó en el nacimiento de un Nuevo Mundo.

las novedades espirituales que en la otra orilla del plácido océano interior iban surgiendo.

Ni conquistas a través de inmensas distancias marítimas y de ásperas montañas, ni enfrentamientos con pueblos de cultura y de ideología sin parangón posible con las peculiares de Castilla, ni ímpetus cristianizantes de destrucción de idolatrías torpísimas, ni metales preciosos que lograr y enviar a la metrópoli. El mismo ímpetu milenario de los peninsulares, pero desviándose relativamente



Europa quedó asombrada ante la realidad de un Hemisferio que ignoraba.

pronto de la batalla contra el moro y realizando hazañas que habían de incidir decisivamente en la historia de España aunque de manera muy diversa a la provocada por la aventura americana. Ni exaltación religiosa ni ausencia de espíritu burgués y fáciles contactos con el prerrenacimiento.

Gloria a las gestas de la Corona Aragonesa, pero al margen de las llevadas a cabo por los castellanos. Entre ocupar Sicilia y Cerdeña, enfrentar al Papa y a Francia, conquistar Atenas, entrar victoriosos en Constantinopla y las hazañas de los conquistadores castellanos no hay parangón posible.

He calificado y solemos calificar a la empresa americana de empresa española, y lo fue en verdad, pues España era una unidad cuando se realizó. Sigamos llamándola así porque al cabo Castilla hizo a España, aunque, como he dicho y probado, España deshiciera después a Castilla.

Aunque nacidos todos en tierras regidas por los reyes castellanos, los conquistadores sentían ya a España unitariamente. Poseemos una prueba irrrefutable. Recordemos que Hernán Cortés cuando conquistó Méjico la llamó *Nueva España*.

XV

LA MEDIEVAL AVENTURA CASTELLANA EN AMERICA Y SU PROYECCION EN ESPAÑA

Se me antoja que ningún pueblo europeo se hallaba tan dotado como Castilla para acometer la gesta americana, precisamente por las singularidades de nuestra Edad Media. Si repasamos un momento los hechos fundamentales de nuestra expansión en el nuevo continente, con rapidez se acumularán en nuestro pensamiento los recuerdos de conquistas sinnúmero, de fundaciones de ciudades, de la organización política de las tierras ya ganadas, de las erecciones de sedes y cenobios, del trasplante de una raza y de una cultura. Por encima de los lances asombrosos pero fugaces, de las exploraciones, perdurará en nuestra memoria la heroica labor de la conquista y las despaciosas horas de la colonización. Pero si luego volvemos la mirada al panorama de la Edad Media universal, ¿dónde, sino en Castilla, hallaremos un cuadro parecido? Porque cada dia se afirma con más fuerza la idea de que toda la historia medieval de Castilla se resume y cristaliza en una no interrumpida y gigantesca empresa de colonización.

Desde el siglo VIII en adelante, la historia de la cristiandad hispana es, en efecto, la historia de la lenta y continua restauración de la España europea; del avance perpetuo de un reino minúsculo, que desde las enhiestas serranías y los escobios pavorosos de Asturias fue creciendo, creciendo, hasta llegar al mar azul y luminoso del Sur; de la expansión, sin intervalos, del Estado norteño que, en su marcha hacia las tierras de sol de Andalucía, se desparramó por los llanos, reptó por los alcores y trepó por las cumbres halladas a su paso. A través de ocho siglos y dentro de la múltiple variedad de cada uno, como luego en América, toda la historia de la monarquía castellana es también un tejido de conquistas, de fundaciones de ciudades, de reorganización de las nuevas provincias ganadas al Islam, de expansión de la Iglesia por los nuevos dominios: el trasplante de una raza, de una lengua, de una fe y de una civilización.

Al comenzar la Edad Moderna, cualquier pueblo europeo hubiera tenido que improvisar una política de expansión y de colonización, si hubiese descubierto América; cualquiera menos el pueblo castellano, rico de experiencia en empresas conquistadoras y colonizadoras. Ningún Estado occidental habia tenido ocasión de realizar un entretenimiento parecido; un entrenamiento en el que se había engendrado, había medrado y había florecido el nuestro. Se habia forjado con motivo de la repoblación del desierto del Duero en el siglo X por pequeños labradores libres, por infanzones y por monasterios. Se había afirmado con el surgir de una zona de grandes ciudades y concejos entre el Duero y Tajo, en el tránsito del siglo XI al XII. Había crecido con la magnífica expansión de las órdenes religiosas de caballería del Tajo a los montes Mariánicos, reinando Alfonso VIII. Había madurado con el desparramarse y arraigar de la nobleza castellana en las campiñas andaluzas en los reinados de Fernando III y de Alfonso el Sabio. Y se había completado con la conquista y los repartimientos de las sierras y de las vegas granadinas por los Reyes Católicos. Con características diversas, según las de la época en que se realizaba cada avance; desde los primeros del reino de Asturias hasta los postreros de las coronas castellana y aragonesa reunidas, siempre en permanente actividad colonizadora, siempre llevando hacia el Sur el romance nacido en los valles septentrionales de Castilla, siempre propagando las doctrinas de Cristo en las tierras ganadas con la espada, siempre empujando hacia el Sur la civilización que alboreaba en los claustros románicos y góticos de catedrales y cenobios, siempre extendiendo hacia el mediodía las libertades municipales, surgidas en el valle del Duero, y siempre incorporando nuevos reinos al Estado europeo, heredero de la antigüedad clásica y de los pueblos bárbaros, pero tallado poco a poco, por obra de las peculiaridades de nuestra vida medieval, en pugna secular con el Islam.

Cuando terminada la Reconquista parecía que la actividad colonizadora de Castilla iba a encontrar su final, al hallar ante ella la barrera marítima del Mediterráneo y del Atlántico, Colón descubre América y más acá del mar se repite la historia medieval recordada, y el sino de Castilla se cumple una vez más. El medioevo continúa. No es igual el escenario ni los métodos de la expansión



Todo se convertía en historia, en libros, en comunicación de la cultura. Antonio de Herrera rinde homenaje a Pizarro, Alvarado, Ordaz y Almagro. Las Décadas de Herrera son un monumento histórico.

conquistadora, y los nuevos empeños de la colonización no son a este lado del Atlántico iguales que en tierras españolas; pero no hubo entre los dos sistemas mayores diferencias que las habidas entre la repoblación de la alta meseta y la del Tajo o entre la colonización de los llanos del Duero y la de las vegas andaluzas. La misma empresa y con el mismo espíritu de cruzada y de rapiña, con la cruz en lo alto y la bolsa vacía, con codicia de riquezas y de almas, y con la civilización y la libertad occidental, que habían de crear el mundo de hoy, en la punta de las espadas y de las lanzas. Vanguardia, España, de Occidente frente al Africa torpe y bárbara durante la Edad Media, fue después avanzada de Europa frente al mundo nuevo en las tierras de América. En una curva aérea, trazada por cima de los derroteros colombinos, Castilla proyectó su medioevo más allá de las fronteras españolas. Y aquende el mar se sobrevive, y no lánguidamente, un pasado remoto que parecía muerto: behetrías, encomiendas, cartas de población, privilegios y libertades municipales, adelantamientos, capitanías, colonización monacal y eclesiástica, erecciones de sedes, instituciones fiscales y guerreras, y tantas y tantas modalidades de la vida medieval de Castilla, que perduran y se repiten a este lado de los mares. Como bajaron de los montes de Asturias a los llanos del Duero, codiciosos de libertades y riquezas los villanos, y sedientos de medro y de fortuna los infanzones miserables, asi se embarcaron para América los hidalgos sin blanca y los aventureros sin nobleza, siete siglos más tarde. Como las fundaciones monásticas del Bierzo o de Galicia, de León o de Castilla volvieron a la vida grandes zonas desiertas, asi las misiones de jesuítas o de otros religiosos pusieron en cultivo selvas vírgenes del continente americano. Como alcanzaron tierras y libertades los colonos de las extremaduras y fronteras vecinas de las fortalezas musulmanas, así se otorgaron repartimientos y privilegios a las vanguardias de España en el nuevo continente. Y ¿a qué seguir? No pretendo establecer aquí los detalles del nexo y de la proyección del pretérito medieval de Castilla en la empresa de América. Toca a los especialistas verificarlos; mas importa, sin embargo, señalar que la política asimilista pero igualitaria de Castilla, única en la historia de la colonización universal —política que declaró súbditos de la Corona, como los castellanos, a los indios de América y que no convirtió en colonias a las tierras conquistadas sino que las tuvo por prolongación del solar



DE INSVLIS NV
PER INVENTIS FERDINANDI CORTESII
ad Carolum V. Rom. Imperatorem Narrationes, cum alio quodam Petri Martyris ad Clementem VII. Pontificem Maximum consimilis argumenti libello.

¶ His accesserunt Epistolæ duæ, de felicissimo apud Indos Euangelij incremento, quas superioribus hisce diebus quidam fratres Mino. ab India in Hispaniam transmiserunt.

¶ Item Epitome de inuentis nuper Indiæ populis idololatris ad fidem Christi, atq; adeo ad Ecclesiam Catholicam conuertendis, Autore R. P. F. Nicolao Herborn, regularis obseruantiæ, ordinis Minorum Generali Commissario Cismontano.

¶ Venduntur in pingui Gallina.
Anno M. D. XXXII.

Las Cartas de Relación de Hernán Cortés al Emperador corrieron traducidas por la Europa del Quinientos y difundieron la nueva luz de España en el mundo.

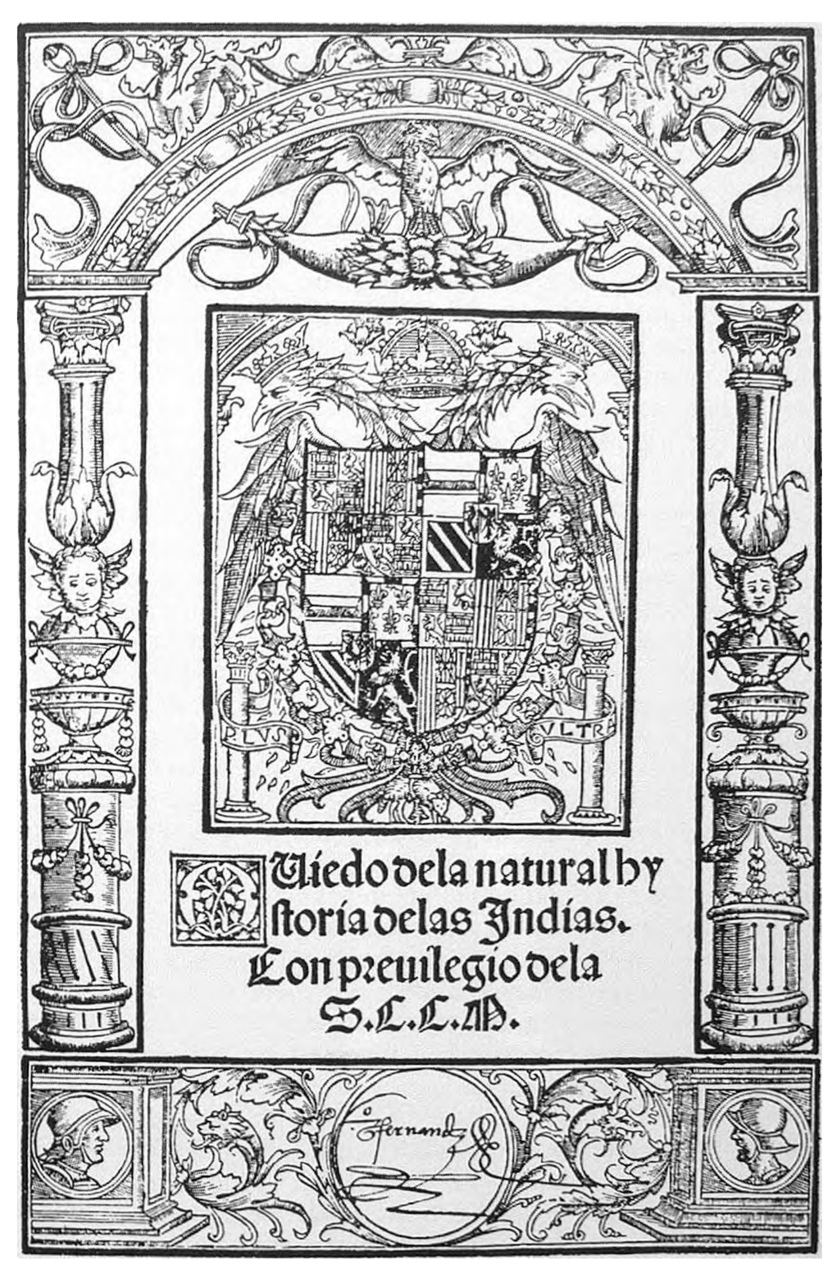
nacional—, no podría explicarse sin nuestro medioevo. Los reyes de Asturias, de León y de Castilla, al conquistar diversos reinos moros siglo a siglo, los habían antes incorporado y asimilado ya en pie de igualdad al suyo primitivo, desde Toledo hasta Granada. ¿Y cómo no ver en el reconocimiento de los indios como súbditos la continuación de la doctrina jurídica practicada en los siglos medievales por Castilla?

A igual acción y realizada con el mismo espíritu hubieron de corresponder, además, iguales resultados. La perduración del medioevo hispano en las Indias castellanas perpetuó también las rutas medievales de España hasta casi la Edad Contemporánea. Los daños que nuestra singular posición en la Edad Media acarreó a mi patria, el retraso y la desviación en las sendas de Europa que aquélla nos impuso, la hipertrofia guerrera y religiosa y las atenuaciones de la sensibilidad política que el medioevo produjo en la Península, <se afirmaron e hicieron perdurables con la empresa de América. En mi estudio *España y el Islam* he señalado aquéllas; mis palabras de antes tienen ahora aplicación perfecta.

La semejanza de los resultados producidos por las dos empresas de colonización, en tierra española y en las Indias colombinas, alcanza, en efecto, a todas las facetas de la vida política, económica y espiritual del pueblo hispano. A consecuencia de las singularidades que el rescate y la restauración de España, en lucha porfiada con el Islam, produjo en la organización del Estado y de la Sociedad castellanos medievales, Castilla se constituyó definitivamente de esta forma: “En la cumbre una monarquía poderosa; en el centro un pequeño número de grandes señores, jurídicamente en estrecha subordinación de la realeza, y en la base una masa enorme de pueblo, integrada por los habitantes de los municipios y por los hidalgos que, aunque nobles, al cabo pueblo eran”.

La expansión del Imperio español por América, lejos de alterar ese equilibrio de las fuerzas políticas hispanas, lo afianzó para otros varios siglos. Si la monarquía medieval, con los sucesivos avances y las repetidas colonizaciones, pudo reponer periódicamente sus ingresos, que se agotaban poco a poco en las etapas de detención de las fronteras, la realeza española lograba parejas restaura-

do



Oviedo dela natural hy
storia delas Indias.
Con preuilegio dela
S.C.C.M.

Aparecieron numerosos libros de historia, escritos de la mano de aquellos que habían hecho la historia.

ciones de su erario con los caudales americanos que los galeones y las flotas llevaban de las Indias. Si los reyes de Castilla, al conquistar y colonizar las zonas ganadas al califato o a los taifas, a los almohades o a Granada, conseguían un cuantioso botín de tierras y de oficios con que atraer y someter a nobles y a villanos, los soberanos españoles hallaron en los virreinatos, capitanías, audiencias, corregimientos y cabildos de América tesoros de mercedes burocráticas distintas —de las más altas a las más bajas—, con que seguir haciendo girar a su alrededor al cosmos pedigüeño de nuestra minoría aristocrática y a las masas estelares de nuestro pueblo. Si a la fuerza jurídica de la monarquía castellana medieval contribuyó de modo decisivo la conquista y la colonización de España, para la omnipotencia de la realeza española en los tiempos modernos no fue menos útil la empresa americana.

En la vida económica española, la conquista y la colonización de América acentuaron también de manera notoria los fatales corolarios que trajo consigo la reconquista y la colonización de España en la Edad Media. La guerra con musulmanes y africanos a través de centurias y las ganancias territoriales conseguidas apartaron de la actividad industrial y mercantil a los más osados y a los más audaces; pero el descubrimiento, la conquista y la explotación de América no actuaron con menor fuerza como formidable ventosa que chupó a la vida económica peninsular las más despiertas y las más ambiciosas de sus inteligencias y de sus voluntades. La esperanza de las riquezas que cabía alcanzar en la conquista de los reinos infieles inclinó a las gentes de Castilla hacia el ejercicio de. las armas, donde se podía medrar sin gran esfuerzo el día que las fronteras avanzaran en tierras islamitas; pero la fantasmagórica ilusión de logros fabulosos en las comarcas riquísimas de América arrancó, asimismo, de las tareas de la paz y del trabajo en la Península, para lanzarlos a la aventura ultramarina, a miles y miles de españoles. El botín territorial y burocrático, que cada nuevo empuje de la cristiandad en los países sarracenos ponía en manos de los reyes y por conducto de éstos en las de los soldados castellanos, trocó en guerreros a muchos labriegos, menestrales y mercaderes de Castilla, y separó de las artes de la paz a toda la baja nobleza castellana. Pero el enorme caudal de tierras y de oficios de toda condición, que la organización política de las Indias fue

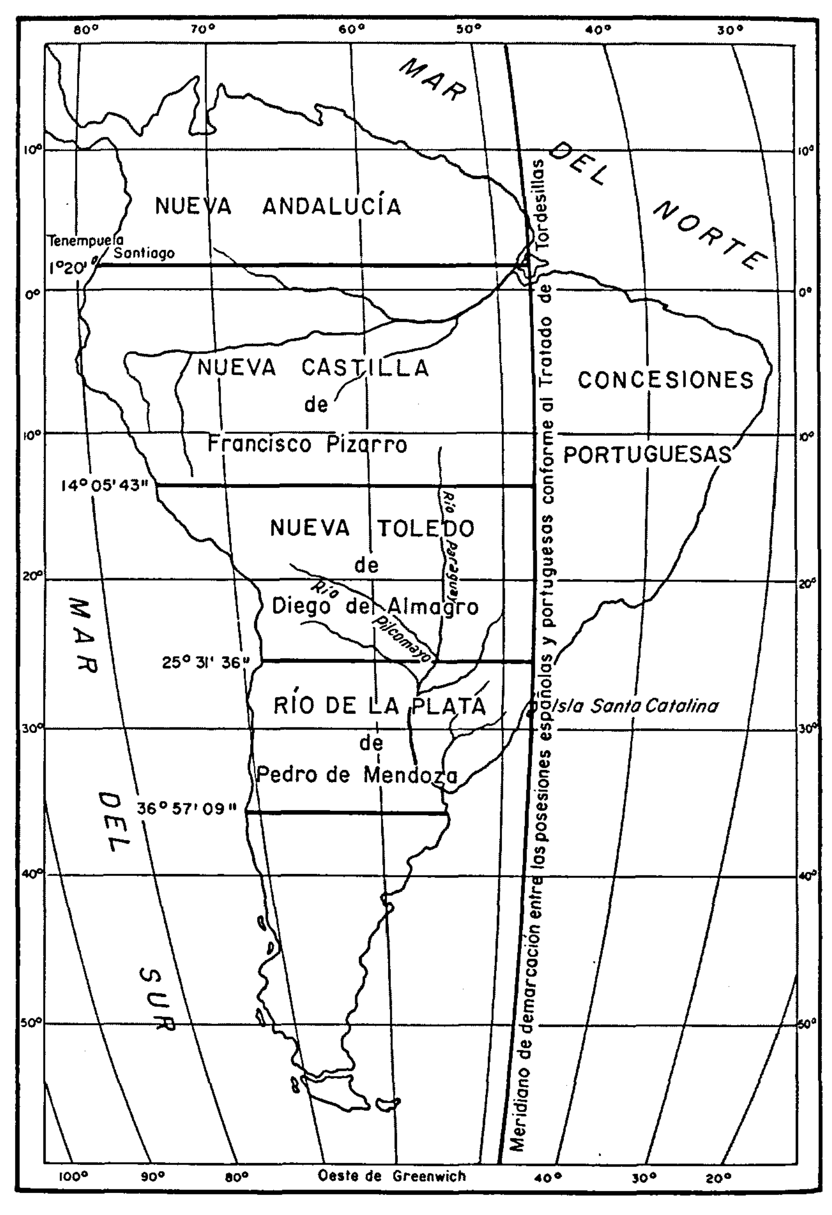


Hernán Cortés sacaba de las Sergas de Esplandián el nombre de las Californias.

creando, lanzó de sus talleres o de sus campos hacia las gestas de ultramar y hacia la burocracia o la riqueza americanas a muchedumbres de activos y sosegados españoles que de otra forma habrían proseguido en España su labor económica. Como los grandes valles con que Castilla fue tropezando en su camino con rumbo hacia el Estrecho fueron secando las fuentes mansas y las saltarinas de los audaces y de los laboriosos castellanos, que empuñaron la espada para combatir a los infieles, así fueron vertiéndose en las aguas grises o verdes del Atlántico los ríos despaciosos de los trabajadores o los torrentes arrolladores de los osados que emigraban a América. A la postre, el medioevo hispano y la empresa ultramarina produjeron, pues, daños parejos en nuestra economía, como no podía menos de ocurrir, dada la analogía de las circunstancias exteriores y la perduración de la Edad Media castellana en la conquista y colonización del nuevo orbe.

Pero no sólo se refleja tal proyección de la Edad Media castellana aquende el mar en la vida económica y política de España. Se advierte también la paridad de resultados de las dos colonizaciones en la psicología nacional. Nuestro hiperdinamismo guerrero, la hipertrofia de nuestra clerecía y la atenuación de nuestra sensibilidad política, que la Edad Media nos legó como desdichados postulados, lejos de corregirse se acentúan a consecuencia de la empresa americana. Cuando se acabaron en España los infieles surgieron en América los indios, por cuya evangelización había de trabajarse sin desmayo. Cuando en tierras hispanas se cerraron las fronteras a la posible expansión y* enriquecimiento de la clerecía en las tierras tomadas a los moros, a este lado del Atlántico se abrió un mundo virgen a la difusión y al engrandecimiento de la Iglesia. Y si por este medio halló aquélla manera de sustituir la necesidad y la importancia de su misión frente a los islamitas por lo imprescindible y lo imperioso de su acción en América, ésta le ayudó mucho a mantener vivas su potencia económica y su gran influencia dentro de la Sociedad y del Estado hispanos.

A que no se atenuara el hiperdinamismo guerrero, que la contienda con el Islam a través de centurias creó en España en la Edad Media, contribuyó también la empresa americana. Muchos iban a pelear en Francia, en Túnez o en Italia, pero muchos también



España renacida en el Nuevo Mundo: Nueva España, Nueva Andalucía, Nueva Toledo...

emigraban a las Indias, para allí combatir y vencer a través de espacios infinitos. Y era más popular y fue, al cabo, más continua esta corriente hacia el continente occidental pues, como queda dicho, ofrecía perspectivas de aventuras y de medros guerreros, más ventajosos y perdurables que las empresas europeas y que las menos duras pero más porfiadas jomadas de trabajo pacífico.

Por último, si la Reconquista atenuó la sensibilidad política española, de manera directa educando a las masas en la obediencia a la realeza y de modo indirecto dañando los centros nerviosos de la vida económica, siempre más atentos a la cosa pública que los grupos rurales, por las dos mismas sendas contribuyeron nuestras gestas de América a producir iguales daños. Ya hemos hablado de la doble fuerza lograda por la realeza hispana como consecuencia de las conquistas y colonizaciones en el nuevo continente. Muertas estaban las viejas libertades castellanas, y sólo el espíritu legalista de Felipe II mantenía vivas todavía las vetustas cortes de Castilla, pero a matar éstas y a enterrar y a impedir la resurrección de unas y otras cooperó el oro americano. Si la realeza hispana no hubiera contado con los importantes recursos de América en el siglo XVII, ¿hubiera podido mantenerse tan firme? ¿No habría tropezado con dificultades parecidas a las que llevaron a las revoluciones de Inglaterra y de Francia? ¿No hubiera levantado contra ella las masas populares la presión tributaria, que habría aumentado día a día de no haber satisfecho, en parte, las flotas de América a las necesidades del erario?

El daño sufrido por la economía hispana ha sido también expuesto hace muy poco. A lo sumo proseguimos exportando primeras materias; la industria se arruinó en parte como consecuencia de la emigración a las Indias colombinas; el ruralismo ibérico, herencia desdichada de nuestra singular Edad Media, más que mitigarse se acentuó por ello y siguieron, por tanto, faltando las masas fabriles y comerciales, que sienten con más fuerza los problemas políticos. España sin burguesía, he aquí una de las graves consecuencias de las singularidades de nuestro medioevo. Ahora bien, la aventura americana no hizo sino prolongar esa gran falla de la constitución social de España; falla de trascendentes consecuencias en la vida espiritual, en la vida política y en la vida económica de mi patria y

de los pueblos hispanos, consecuencias que algún día será necesario exponer, que pesan aún sobre el presente y que pesarán todavía en el mañana de España y de Hispanoamérica.

El espíritu medieval con que se acometió la empresa americana, la prolongación aquende el mar de la labor colonizadora de Castilla y la consecuente perduración de las características políticas, económicas y psicológicas hispanas, creadas o afirmadas durante la Edad Media, ¿son bastante alegato para poder pensar en la proyección del medioevo castellano a este lado del Atlántico? He aquí la interrogante que someto a la consideración de los estudiosos de la historia de América.



EPILOGO

Una dramática e inesperada pregunta me ha golpeado e inquietado al poner fin a estas páginas. ¿Las raíces medievales de la empresa española de América influyeron en nuestra decadencia y en la misma pérdida de nuestro imperio colonial?

¡Nuestra decadencia! Señoreamos Europa y el mundo durante casi siglo y medio. ¿Como proyección de nuestras gestas a este lado del Atlántico? Nuestras empresas europeas se iniciaron antes que nuestras conquistas en América y como éstas fueron, naturalmente, proyección de nuestro medioevo. Nuestro ímpetu bélico iniciado o acentuado durante nuestra Reconquista se vertió en el viejo mundo tanto como en América. Los abuelos de los conquistadores de estas tierras lo fueron también de los vencedores en Ceriñola, en Garellano, en Pavía, en Túnez, en Mühlberg, en San Quintín, en Lepanto...

Nuestra política internacional durante los siglos XVI y XVII no fue empero sino parcialmente herencia castellana. La heredamos de la Corona de Aragón —de Cataluña especialmente—, conquistadora de Italia, enemiga de Francia, obligada a enfrentar a los turcos por sus dominios mediterráneos. La misma presencia de los Austrias en España fue resultado de las alianzas negociadas por Fernando el Católico para cercar a Francia, rival de su vieja monarquía. Sólo fue herencia castellana la enemiga implacable, de España a la herejía. *"Soy tu espada, Señor"*, habían pensado los súbditos de los reyes de Castilla a lo largo de los siglos y siguieron siéndolo tras el estallido de la Reforma. Por juzgarse como tales se lanzaron también a la batalla contra el turco.

Frente a este complejo conjunto de problemas, América fue un reservorio de recursos. Nuestra derrota y nuestra decadencia eran inevitables. No podíamos enfrentar y vencer conjuntamente a los herejes de Flandes, Alemania e Inglaterra; a la Francia rival y enemiga que llegaba a permitir a los turcos invernar en Toulon, y al cabo incluso a catalanes y portugueses, alzados sincrónicamente en 1640. Ningún pueblo en ningún momento de la historia ha podido resistir parejas dentelladas del destino adverso. Recordemos a Luis XIV en sus últimos años; a Napoleón, el genio de la guerra, en sus postrimerías; a la Inglaterra de hoy; a la Alemania hitleriana... Y el señorío de ninguna de ellas ha durado tanto como el hispánico. América no influyó ni mucho, ni poco, ni nada en el triste declinar de nuestro Imperio; en nuestra decadencia. No pudo, sin embargo, frenar la gran crisis.

La herencia medieval, que nos había llevado a las alturas de nuestra grandeza y al cabo a nuestra crisis, no fue culpable ni siquiera parcialmente de la pérdida de América. La magnitud de nuestros dominios había levantado ambiciones y odios en la Inglaterra enemiga y rival. Había ella fracasado en su intento de desmembrar nuestros virreinatos. Las grandes Antillas, Cartagena de Indias, Buenos Aires resistieron sus golpes. La revolución francesa y los zarpazos napoleónicos en el mundo facilitaron empero su empresa y nuestra derrota. ¿Nuestra derrota por Inglaterra? Sí y no. Porque ella no nos venció directamente pero tramó nuestro fracaso, apoyando directamente a los conspiradores a través de las logias masónicas. San Martín fue uno de sus agentes. La difusión de las ideas liberales y liberadoras, hijas legitimas de la revolución francesa, colaboró a la gran crisis de nuestro Imperio. La francesada sacudiendo a España hasta en sus cimientos, sus tristes coletazos fernandinos, la guerra civil hicieron luego imposible la reacción vindicatoria. ¡Pobre España!

¿Todos estos problemas, todos los que llevaron a la independencia de América, fueron proyección de nuestro medioevo singular? No. Pero vacilo en la negativa. Los españoles de América eran nietos lejanos de los conquistadores y colonizadores y herederos del talante de sus antepasados, y fueron ellos quienes hicieron la secesión.

Nuestra historia peninsular de las décadas que transcurrieron entre la invasión francesa y el fin de las guerras civiles descubre para nuestra gloria y a la par para nuestra desgracia el talante altivo, heroico, apasionado, violento de nuestros abuelos milenarios, revivificado durante la Reconquista y durante nuestras gestas europeas a lo largo de siglo y medio de batallar en el viejo mundo por mantener nuestras tradiciones ancestrales que nuestro singular medioevo había vivificado. La francesada, los coletazos fernandinos, la guerra civil, la independencia de Hispano-América. ¡Cuánta energía derrochada por el *homo hispanus,* heredero de nuestros remotísimos antepasados anteriores a Cristo y también de los reconquistadores!

Pero cuidado. Más de una vez he recordado un viejo proverbio andaluz: *Los ríos van a la mar / Ayer se cayó una torre.* Se han caído las de los otros pueblos europeos amigos o enemigos de la España de otrora. ¿Qué queda hoy de la Inglaterra, señora de los mares en las primeras décadas de este siglo? ¿En dónde ondea hoy la bandera británica fuera de algunas minúsculas posesiones y de la isla que comparten ingleses y escoceses? ¿Qué fuerza ejerce hoy Inglaterra en el mundo? Y otro tanto puede decirse de Francia. No señorea ya las riberas del Mediterráneo, no ejerce ninguna influencia en el Oriente cercano, perdió la Indochina, sus dominios en el Africa negra son un recuerdo histórico. La poderosa Alemania de otrora está dividida y casi cercada. Quede dicho, además, que nuestro Imperio duró dos siglos, más que los alcanzados por las potencias europeas, nuestras rivales de otrora. *Los ríos van a la mar / Ayer se cayó una torre.*

Pero basta. No olvidemos el tema de este pequeño libro. No me es lícito al socaire del mismo lanzarme a la aventura de explicar nuestra historia de ayer y nuestros problemas de hoy. La historia es empero una textura muy compleja, en la cual los grandes problemas se mezclan, se entrecruzan, provocan sospechables o, para decir mejor, explicables corolarios. Nuestro ayer cercano y nuestro anteayer no demasiado alejado, proyección al cabo de nuestro medioevo, me han llevado a discurrir sobre horas de hoy, sobre tristes horas del presente, del hoy y del ayer de estas tierras hispanas de América, en las que vivo desde hace cuatro décadas, y de la amada aunque lejana patria.

INDICE PAG.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA OBRA EL DIA 7 DE MARZO DE 1983 EN LOS TALLERES DE I. G. MAGERIT, S. A.